

Julien-Offray de la Mettrie *El hombre  
máquina*

#### ADVERTENCIA DEL IMPRESOR PARA LA PRIMERA EDICIÓN

Tal vez sorprenda que haya osado poner mi nombre en un libro tan atrevido como éste. Ciertamente no lo habría hecho, de no haber creído la religión al abrigo de todas las tentativas que se hacen para demolerla, y de no haber podido persuadirme de que otro impresor habría hecho con mucho gusto lo que yo rehusara por principio de conciencia. Sé que la prudencia exige que no se brinde ocasión a los espíritus débiles de ser seducidos. Pero, aún teniéndolos en cuenta, he visto a la primera lectura que no había nada que temer por ellos. ¿Por qué estar tan atento y tan alerta en suprimir los argumentos contrarios a las ideas de la divinidad y de la religión? ¿No puede esto hacer creer al pueblo que se le embauca? En cuanto éste empieza a dudar, adiós convicción y, por consiguiente, adiós religión. ¿Qué medios, qué esperanza tenemos para llegar a confundir a los irreligionarios, si parece que se los teme? Cómo reducirlos, si impidiéndoles que hagan uso de su razón, uno se contenta con declamar contra sus costumbres, al azar, sin informarse de si merecen la misma censura que su manera de pensar.

Tal conducta da por ganada la causa a los incrédulos: éstos se burlan de una religión que nuestra ignorancia quisiera que no pudiera conciliarse con la Filosofía, y cantan victoria en sus reductos, que nuestra manera de combatir les hace creer invencibles. Si la religión no sale victoriosa, es culpa de los malos autores que la defienden. Que los buenos cojan la pluma, que se muestren bien armados, y la Teología vencerá a viva fuerza contra una rival tan débil. Yo comparo a los ateos con estos gigantes que quisieron escalar los cielos, pues siempre tendrán el mismo destino.

He considerado un deber encabezar así este breve folleto, para prevenir toda inquietud. No es de mi incumbencia refutar lo que yo imprimo, como tampoco expresar mi sentimiento sobre los razonamientos que se encuentren en este escrito. Los expertos verán fácilmente que sólo son dificultades que aparecen, en cuanto se quiere explicar la unión del alma con el cuerpo. Si las consecuencias que el autor extrae son peligrosas, no se olvide que por todo fundamento únicamente tienen una hipótesis. ¿Precisa más para destruirlos? Pero, si se me permite suponer lo que yo no creo, aun cuando estas consecuencias fueran difíciles de demoler, ello sólo procuraría una ocasión más bella para sobresalir. Si se vence sin peligro, se triunfa sin gloria.

## AL SEÑOR HALLER, PROFESOR DE MEDICINA EN GOTTINGA

Esto no es una dedicatoria. Vos estáis muy por encima de todos los elogios que podría tributaros, y no conozco nada tan inútil, ni tan insulso, fuera de un discurso académico. No es tampoco una exposición del nuevo método que he seguido para hacer revivir un tema gastado y trillado. Al menos le hallaréis este mérito, y juzgaréis por lo demás si vuestro discípulo y vuestro amigo ha coronado bien su carrera. Quiero hablar del placer que he tenido en componer esta obra; no es mi libro lo que os entrego, sino yo mismo, para que me iluminéis sobre la naturaleza de esta sublime voluptuosidad del estudio. Tal es el objeto de este discurso. No sería yo el primer escritor que, no teniendo nada que decir, para reparar la esterilidad de su imaginación, hubiera tomado un ejemplo de donde jamás lo hubo. Decidme pues, doble hijo de Apolo, suizo ilustre, Fracastoro moderno, vos que sabéis al mismo tiempo conocer y medir la Naturaleza, y más aún, expresarla además de sentirla: sabio médico, más grande aún como poeta, decidme por qué hechizos puede el estudio cambiar las horas en momentos, y cuál es la Naturaleza de estos placeres del espíritu, tan diferentes de los placeres vulgares... Pero la lectura de vuestras encantadoras poesías ha penetrado demasiado en mí, como para que no intente expresar lo que me han inspirado. El hombre, considerado desde este punto de vista, no resulta nada ajeno a mí tema.

La voluptuosidad de los sentidos, por más agradable y cara que sea, por más elogios que le haya tributado la pluma aparentemente agradecida de un joven médico francés, tan sólo tiene un goce que es su tumba. Si el placer perfecto no lo mata definitivamente, necesita cierto tiempo para resucitar. ¡Qué diferentes son los recursos de los placeres del espíritu! Cuanto más se aproxima uno a la verdad, más encantadora la encuentra. No sólo su goce aumenta los deseos, sino que se goza ya desde que se intenta gozar. Se goza mucho tiempo, y sin embargo más de prisa que la velocidad del rayo. ¿Hay que sorprenderse si la voluptuosidad del espíritu es tan superior a la de los sentidos, como el Espíritu al Cuerpo? ¿No es el espíritu el primero de los sentidos, y como la reunión de todas las sensaciones? ¿No convergen allí todas, como otros tantos rayos a un centro que los produce? No indagemos más, por qué encantos invencibles un corazón, que el amor a la verdad inflama, se halla de pronto transportado, por así decir, a un mundo más bello, donde goza placeres dignos de los dioses. De todas las atracciones de la naturaleza, la más fuerte, al menos para mí, igual que para vos, Haller, es la de la Filosofía. ¡Qué mayor gloria que la de ser conducido a su templo por la razón y la sabiduría! ¡Hay conquista más halagadora que la de tener sumisos a todos los espíritus!

Pasemos revista a todos los objetos de estos placeres desconocidos para las almas vulgares. ¿Qué belleza o qué magnitud no poseen? El tiempo, el espacio, el infinito, la tierra, el mar, el firmamento, todos los elementos, todas las ciencias, todas las artes, todo forma parte de este género de voluptuosidad. Demasiado contraída en los límites de un mundo, ésta imagina un millón de ellos. La naturaleza entera es su alimento, y la imaginación su triunfo. Entremos en algún detalle.

Tan pronto es la poesía como la pintura, la música o la arquitectura, el canto o la danza, las que hacen experimentar a los entendidos placeres arrebatadores. Ved a la Delbar (mujer de Pirón) en un palco de la ópera: pálida y enrojecida a su vez, se muestra medida con Rebel, se entenece con Ifigenia, se enfurece con Rolando, etc. Todas las impresiones de la orquesta se reflejan en su rostro como sobre una tela. Sus ojos se endulzan, se pasman, y ríen o se arman de un coraje guerrero. La toman por loca. Pero no lo es, a menos que se considere una locura sentir el placer. Únicamente está penetrada de mil bellezas que se me escapan.

Voltaire no puede contener el llanto ante su *Mélope*, por sentir el valor de la obra y de la actriz. Vos habéis leído sus escritos, y desdichadamente para él, no está en condición de leer los vuestros. ¿En las manos y en la memoria de quién no están? Y, ¡qué corazón hay tan duro que no se enternezca! ¿Cómo no habrían de transmitirse todos sus gustos con el entusiasmo que habla de ellos?

Cuando un gran pintor—he tenido el placer de comprobarlo días pasados leyendo el prefacio de Richardson—habla de pintura, ¿qué elogios no le prodiga? Adora su arte, lo pone por encima de todo, y duda casi de que se pueda ser feliz sin ser pintor, porque está encantado con su profesión.

¿Quién no ha sentido los mismos transportes que Escalígero o el padre Malebranche, al leer algunos pasajes de los poetas trágicos, griegos, ingleses, franceses, o ciertas obras filosóficas? Mme. Dacier nunca hubiera contado con lo que su marido le prometía, y encontró cien veces más. Si se experimenta una especie de entusiasmo en traducir y desarrollar las ideas de otro, ¿qué debe ser si se piensa por sí mismo? ¿En qué consiste esta generación, este parto de ideas, que produce el gusto por la Naturaleza y por la búsqueda de la verdad? Cómo describir este acto de la voluntad o de la memoria, por el cual al alma se reproduce de alguna manera, al juntar una idea con otro signo semejante, para que de su semejanza y como de su unión nazca una tercera. Admirad pues las producciones de la Naturaleza. Tal es su uniformidad, que éstas se hacen casi todas de la misma manera.

Los placeres de los sentidos mal regulados pierden toda su vivacidad y dejan de ser placeres. Los del espíritu se les parecen hasta cierto punto. Precisa suspenderlos para agudizarlos. En fin, el estudio tiene sus éxtasis como el amor. Si se me permite decirlo, es una catalepsia o inmovilidad del espíritu, que parece separado por abstracción de su propio cuerpo y de todo lo que le rodea, para entregarse por entero a lo que persigue. A fuerza de sentir, nada siente. Tal es el placer que se experimenta tanto al buscar como al

hallar la verdad. Juzgad el poder de sus encantos por el éxtasis de Arquímedes que, como sabéis, le costó la vida.

Mientras los demás hombres se arrojan en medio de la multitud, para no conocerse o más bien odiarse, el sabio huye del gran mundo y busca la soledad. ¿Por qué no se complace consigo mismo o con sus semejantes? Porque su alma es un espejo fiel en el cual su justo amor propio halla provecho en contemplarse. Quien es virtuoso, no tiene nada que temer de su propio conocimiento, si no es el agradable peligro de amarse.

A los ojos de un hombre que mirara la tierra desde lo alto de los cielos, toda la grandeza de los demás hombres se desvanecería, los palacios más soberbios se transformarían en cabañas y los ejércitos más numerosos se parecerían a un tropel de hormigas luchando por un grano con la furia más ridícula. Pues así ve las cosas un sabio como vos, el cual se ríe de las vanas agitaciones de los hombres, cuando multitud de ellos siembra la Tierra de confusión y se atropella por nada, con lo cual es justo que ninguno esté contento.

¡De qué manera tan sublime inicia Pope su *Essai sur l'Homme*! ¡Cuán pequeños son los grandes y los reyes ante él! Oh, vos, menos mi maestro que mi amigo, que habéis recibido de la naturaleza la misma fuerza intelectual que aquel, del cual habéis abusado, vos, ingrato, que no merecéis sobresalir en el campo de las ciencias, me habéis enseñado a reírme, como este gran poeta, o más bien a lamentarme de los juguetes y bagatelas que ocupan seriamente a los monarcas. A vos debo toda mi felicidad. No, la conquista del mundo entero no vale el placer que un filósofo experimenta en su gabinete, rodeado de amigos mudos, que le dicen sin embargo todo cuanto desea oír. Que Dios no me prive de lo necesario ni de la salud, es todo cuanto le pido. Con salud, mi corazón sin hastío amará la vida. Con lo necesario, mi espíritu contento cultivará siempre la sabiduría.

Sí, el estudio es un placer de todas las edades, de todos los lugares, de todas las estaciones y de todos los momentos. ¿En quién no ha provocado Cicerón el ansia de hacerla dichosa experiencia? Diversión en la juventud, cuyas fogosas pasiones atempera; para gozarlo bien, algunas veces me he visto obligado a entregarme al amor. El amor no da miedo a un sabio porque éste sabe aliarlo todo y hacer valer lo uno por medio de lo otro. Las nubes que ofuscan su entendimiento no le vuelven perezoso; sólo le indican el remedio que debe disiparlas. Ciertamente es que el Sol no aparta más de prisa las de la atmósfera.

En la vejez, edad helada, en la cual ya no se es apto ni para dar ni para recibir otros placeres, ¡qué mayor recurso que la lectura y la meditación! Qué placer ver todos los días, con los propios ojos y por las propias manos, crecer y formarse una obra que encantará a los siglos venideros e incluso a sus contemporáneos. Quisiera —me decía un día un hombre cuya vanidad empezaba a sentir el placer de ser autor— pasar la vida yendo de mi casa a casa del impresor. ¿Estaba equivocado? Y cuando se reciben aplausos, ¿qué madre estuvo nunca más encantada de haber tenido un hijo agraciado?

¿Por qué ensalzar tanto los placeres del estudio? ¿Quién ignora que es un bien que no

lleva consigo el hastío o las inquietudes de otros bienes, un tesoro inagotable, el más seguro contraveneno del cruel hastío, que pasea y viaja con nosotros y, en una palabra, nos sigue por todas partes? ¡Dichoso el que ha roto la cadena de todos sus prejuicios! ¡Sólo él gozará de este placer en toda su pureza! Sólo él gozará de esta dulce tranquilidad del espíritu, de este perfecto contentamiento de un alma fuerte y sin ambición, que es el padre de la felicidad, si no es la felicidad misma.

Detengámonos un momento a arrojar flores tras los pasos de estos grandes hombres que Minerva, al igual que vos, ha coronado con una piedra inmortal. Aquí Flora os invita con Linneo a escalar por nuevos senderos la cima helada de los Alpes, para admirar bajo otra montaña nevada un jardín plantado por las manos de la naturaleza, jardín que antaño fue toda la herencia del célebre profesor sueco. De allí descendéis a estas praderas, cuyas flores lo esperan para colocarse en un orden, que hasta entonces parecían haber desdeñado.

Veo allí a Maupertuis, honra de la Nación Francesa, de la cual otra ha merecido gozar. Viene de la mesa de un príncipe, que causa, diré, la admiración o la sorpresa de Europa. ¿A dónde va? Al consejo de la naturaleza, donde lo espera Newton.

¿Qué diré del químico, del geómetra, del físico, del mecánico, del anatomista, etc.? Este último tiene casi tanto placer en examinar al hombre muerto, como el que ha tenido quien le dio la vida.

Pero todo cede ante el gran arte de curar. El médico es el único filósofo que merece bien de su patria; aparece como los hermanos de Elena en las tempestades de la vida. ¡Qué magia, qué embelesamiento! Su sola vista calma la sangre, devuelve la paz a un alma agitada y hace renacer la dulce esperanza en el corazón de los desdichados mortales. Anuncia la vida y la muerte, como un astrónomo predice un eclipse. Cada cual tiene su antorcha que le ilumina. Pero si el espíritu ha tenido placer en hallar las reglas que lo guían, ¡qué triunfo —vos hacéis todos los días esta feliz experiencia—, qué triunfo cuando el hecho justifica la osadía!

La primera utilidad de las ciencias consiste pues en cultivarlas, lo que ya es un bien real y sólido. ¡Dichoso quien tiene afición por el estudio! Más dichoso aún quien a través de él logra liberar al espíritu de sus ilusiones, y al corazón de su vanidad, meta deseable a la que vos habéis sido conducido en una edad aún tierna por las manos de la sabiduría; mientras tantos pedantes, tras medio siglo de vigiliias y trabajos, más encorvados por el fardo de los prejuicios que por el del tiempo, parecen haberlo aprendido todo salvo pensar. Ciencia rara en verdad, sobre todo en los sabios, pese a que debiera ser al menos el fruto de todas las demás. A esta sola ciencia me he dedicado desde la infancia. juzgad, señor, si he triunfado, y que este homenaje a mi amistad sea eternamente grato a la vuestra.

## EL HOMBRE-MÁQUINA

¿Es aquello el rayo de la esencia suprema,  
que se nos pinta tan luminoso?  
¿Es aquello el espíritu que ha de sobrevivirnos?  
Nace con nuestros sentidos, crece, se debilita como ellos.  
¡Ay! perecerá igualmente.

No basta que un sabio estudie la naturaleza y la verdad; debe atreverse a decirla en favor del pequeño número de los que quieren y pueden pensar; pues a todos los que son voluntariamente esclavos de los prejuicios les es tan imposible alcanzar la verdad, como a las ranas volar.

Reduzco a dos los sistemas de los filósofos sobre el alma del hombre. El primero y el más antiguo es el sistema del materialismo; el segundo es el del espiritualismo.

Los metafísicos que han insinuado que la materia bien podría tener la facultad de pensar, no han deshonrado su razón. ¿Por qué? Tienen una ventaja (pues ésta es una), en haberse expresado mal. En efecto, preguntar si la materia puede pensar, sin considerarla de otro modo que en sí misma, es preguntar si la materia puede marcar las horas. Se ve de antemano que evitaremos este escollo, con el que Mr. Locke ha tenido la desdicha de tropezar.

Los leibnicianos, con sus *mónadas*, han construido una hipótesis ininteligible. Más bien han espiritualizado la materia, en lugar de materializar el alma. ¿Cómo se puede definir un ser, cuya naturaleza no es absolutamente desconocida?

Descartes, y todos los cartesianos, entre los cuales se incluyó hace mucho tiempo a los malebranchistas, han cometido la misma falta. Han admitido dos sustancias distintas en el hombre, como si las hubieran visto y contado.

Los más sabios han dicho que el alma sólo podía conocerse a través de las luchas de la fe: sin embargo, en calidad de seres razonables, han creído poder reservarse el derecho de examinar lo que la escritura ha querido decir con la palabra *Espíritu*, de la cual se sirve al hablar del alma humana; y si en sus investigaciones, no están de acuerdo sobre este punto con los teólogos, ¿acaso lo están éstos más entre sí sobre todos los demás?

He aquí en pocas palabras el resultado de todas sus reflexiones.

Si existe un Dios, tan autor es de la naturaleza como de la revelación; nos ha dado la una para explicar la otra; y la razón para conciliar ambas.

Desconfiar de los conocimientos que se pueden extraer de los cuerpos animados es

considerar a la naturaleza y la revelación como dos contrarios que se destruyen; y, por consiguiente, es atreverse a sostener esta absurdidad: que Dios se contradice en sus diversas obras, y nos engaña.

Si existe una revelación, ésta no puede desmentir la naturaleza. Por la naturaleza sola, se puede descubrir el sentido de las palabras del Evangelio, cuyo verdadero intérprete es únicamente la experiencia. En efecto, los otros comentaristas, hasta aquí, no han hecho más que enturbiar la verdad. Vamos a apreciarlo a través del autor del *Espectáculo de la Naturaleza*. «Es sorprendente, dice a propósito Mr. Locke, que un hombre que degrada nuestra alma hasta creerla un alma de barro, se atreva a establecer la razón como juez y árbitro supremo de los misterios de la fe; pues, agrega, ¿qué

idea asombrosa se tendría del cristianismo, si se quisiera seguir a la razón? ».

Además de que estas reflexiones no aclaren nada en relación a la fe, constituyen tan frívolas objeciones contra el método de quienes creen poder interpretar los Libros Santos, que casi me avergüenza perder el tiempo en refutarlas.

1.º La excelencia de la razón no depende de una gran palabra carente de sentido (*la inmaterialidad*); sino de su fuerza, de su magnitud, o de su clarividencia. Así, *un alma de barro* que descubriera, y como de ojeada, las relaciones y las consecuencias de una infinidad de ideas, difíciles de captar, evidentemente sería preferible a un alma necia y estúpida, que estuviera compuesta de los elementos más preciosos. No es ser filósofo, enojecer con Plinio por la miseria de nuestro origen. Lo que parecía vil, es aquí la cosa más preciosa, y por la que la naturaleza parece haber puesto más arte y más ingenio. Pero así como el hombre, aun cuando viniera de una fuente todavía más vil en apariencia, no dejaría de ser el más perfecto de todos los seres; cualquiera que sea el origen de su alma, si es pura, noble, sublime, es un alma bella, que hace digno de respeto a quien quiera que esté dotado de ella.

La segunda manera de razonar de Mr. Pluche, me parece viciosa, incluso en su sistema, que es un poco producto del fanatismo; pues si tenemos una idea de la fe, que sea contraria a los principios más datos y a las verdades más indiscutibles, es preciso creer, en honor de la revelación y de su autor, que esta idea es falsa; y que no conocemos aún el sentido de las palabras del Evangelio.

Una de las dos cosas; o todo es ilusión, tanto la misma naturaleza como la revelación: o sólo la experiencia puede dar razón de la fe. Pero ¿hay alguien más ridículo al respecto que nuestro autor? Imagino escuchar a un peripatético, que dijera: «No se debe creer en la experiencia de Torricelli: pues si la creyéramos, si fuéramos a prescribir el horror al vacío, ¿qué extraña filosofía tendríamos?».

He hecho observar cuán vicioso es el razonamiento de Mr. Pluche<sup>1</sup> con el fin de probar, en primer lugar, que si hay una revelación, ésta no se demuestra suficientemente

---

<sup>1</sup> Peca evidentemente por una petición de principio.

por la sola autoridad de la Iglesia, y sin ningún examen de la razón, como pretenden todos cuantos la temen. En segundo lugar, para poner al abrigo de todo ataque el método de quienes quisieran seguir la vía que les abro, para interpretar las cosas sobrenaturales, incomprensibles en sí, mediante las luces que cada uno ha recibido de la naturaleza.

La experiencia y la observación son pues las únicas que deben guiarnos aquí. Son innumerables en los fastos de los médicos, que han sido filósofos, pero no en los filósofos que no han sido médicos. Aquéllos han recorrido e iluminado el laberinto del hombre; sólo ellos nos han revelado estos resortes ocultos bajo envolturas, que sustraen a nuestros ojos tantas maravillas. Sólo ellos, contemplando tranquilamente nuestra alma, la han sorprendido mil veces en su miseria y en su grandeza, sin despreciarla en un caso más de lo que la admiraban en otro. Una vez más, he ahí los únicos físicos que tienen derecho a hablar aquí. ¿Qué nos dirían los demás, y sobre todo los teólogos? ¿No es ridículo oírlos pronunciarse sin pudor, sobre un tema que no han tenido oportunidad de conocer, del que por el contrario han sido completamente apartados por oscuros estudios, que los han inducido a mil prejuicios, y por decirlo todo en una palabra, al fanatismo, que aumenta todavía más su ignorancia respecto al funcionamiento de los cuerpos?

Pero aunque hayamos escogido los mejores guías, seguiremos encontrando muchas espinas y obstáculos en este camino.

El hombre es una máquina tan compleja, que en un principio es imposible hacerse una idea clara de ella, y, por consiguiente, definirla. Con lo cual todas las investigaciones que los mayores filósofos han hecho *a priori*, es decir, queriendo servirse de algún modo de las alas del espíritu, han sido vanas. Así, sólo *a posteriori*, o tratando de discernir el alma, como a través de los órganos del cuerpo, se puede, no digo descubrir con evidencia la naturaleza misma del hombre, pero sí alcanza el mayor grado de probabilidad posible a este respecto.

Tomemos pues el bastón de la experiencia y abandonemos la historia de todas las vanas opiniones de los filósofos. Ser ciego, y creer poder prescindir de este bastón, es el colmo de la ceguera. ¡Cuánta razón tiene un moderno al decir que sólo la vanidad no extrae de las causas segundas el mismo partido que de las primeras! Se puede e incluso se debe admirar a todos estos bellos genios en sus trabajos más inútiles; los Descartes, los Malebranches, los Leibnizs, los Wolffs, y otros, pero, os lo ruego, ¿qué fruto se ha obtenido de sus profundas meditaciones y de todas sus obras? Empecemos pues, y veamos, no lo que se ha pensado, sino lo que es preciso pensar para la tranquilidad de la vida.

Tantos temperamentos como espíritus, caracteres y costumbres diferentes. El mismo Galeno ha conocido esta verdad, que Descartes ha llevado lejos, hasta decir que sólo la medicina podía cambiar los espíritus y las costumbres con el cuerpo. Es cierto que la melancolía, la bilis, la flema, la sangre, etc., según la naturaleza, la abundancia y la diversa combinación de los humores, hacen de cada hombre un hombre diferente.

En las enfermedades, el alma tan pronto se eclipsa y no muestra ningún signo de sí

misma; tan pronto se diría que es doble, por lo que el furor la transporta; tan pronto la imbecilidad, y la convalecencia de un necio da un hombre de talento. Tan pronto el mayor genio, convertido en un estúpido, no puede reconocerse más. ¡Adiós a todos estos bellos conocimientos adquiridos con tantos esfuerzos, y con tanto pesar!

Aquí un paralítico pregunta si su pierna está en la cama: allí un soldado cree tener el brazo que se le ha amputado. La memoria de sus antiguas sensaciones, y del lugar al que su alma las refería, forja su ilusión y su especie de delirio. Basta hablarle de esta parte que le falta, para recordársela y hacerle sentir todos los movimientos; lo que se hace con no sé qué desagrado de la imaginación imposible de expresar.

Este llora como un niño ante la proximidad de la muerte, mientras aquél se burla. ¿Qué hacía falta a Cayo Julio, a Séneca, a Petronio, para cambiar su intrepidez en pusilanimidad, o en cobardía? Una obstrucción en el bazo, en el hígado, un obstáculo en la vena porta. ¿Por qué? Porque la imaginación se atasca con las vísceras; y de allí nacen todos estos fenómenos singulares de la afección histérica e hipocondríaca.

¿Qué podría decir yo de nuevo sobre los que imaginan transformarse en *duendes*, en *gallos*, en *vampiros*, y que creen que los muertos los succionan? ¿Para qué detenerme en aquellos que creen su nariz y otros miembros de cristal, y a los que debe aconsejarse dormir sobre paja por temor a que se rompan; a fin de que recobren el uso y su verdadera carne, cuando al incendiar la paja, se les hace temer ser quemados: terror que a veces ha curado la parálisis? No debo insistir en cosas conocidas por todo el mundo. No me extenderé más en cuanto al detalle de los efectos del sueño. ¡Mirad a este soldado fatigado! ¡Ronca en la trinchera, pese al ruido de cien cañones! Su alma no oye nada. Su sueño es una perfecta apoplejía. Si una bomba lo aplasta, quizá sentirá menos el golpe que un insecto bajo el pie.

Por otra parte, este hombre a quien devoran los celos, el odio, la avaricia o la ambición, no puede encontrar reposo alguno. El lugar más tranquilo, las bebidas más frescas, y más sedantes, todo es inútil para quien no ha liberado su corazón del tormento de las pasiones.

El alma y el cuerpo se duermen juntos. A medida que el movimiento de la sangre se sosiega, un dulce sentimiento de paz y de tranquilidad se difunde por toda la máquina; el alma nota cómo se vuelve más pesada con los párpados y cómo se debilita con las fibras del cerebro: de este modo se torna poco a poco casi paralítica, con todos los músculos del cuerpo. Estos ya no pueden llevar el peso de la cabeza; aquélla ya no puede sostener el fardo del pensamiento; durante el sueño, está como si no existiera.

¿Se acelera la circulación demasiado? El alma no puede dormir. ¿Se encuentra el alma demasiado agitada? La sangre no puede sosegar; galopa por las venas con un ruido audible: tales son las dos causas recíprocas del insomnio. Un solo susto en sueños hace latir el corazón a golpes redoblados, y nos priva de la necesidad, o de la dulzura del reposo, al igual que un vivo dolor o necesidades urgentes. En fin, como el solo cese de las funciones del alma procura el sueño, hay, incluso durante la vigilia (que no es

entonces sino una semi-vigilia), cierta especie de pequeños sueños del alma muy frecuentes, *sueños a la suiza*, los cuales prueban que el alma no espera siempre al cuerpo para dormir; pues si de hecho no duerme, ¡qué poco le falta! ya que le es imposible situar un solo objeto al que ella haya prestado alguna atención en medio de esta multitud innumerable de ideas confusas, que en forma de nubes llenan, por así decir, la atmósfera de nuestro cerebro.

El opio tiene demasiada relación con el sueño que procura, como para no concederle aquí un lugar. Este remedio embriaga, lo mismo que el vino, el café, etc., cada cual a su modo, y según su dosis. Hace al hombre dichoso en un estado que parecería deber ser la tumba del sentimiento, como es la imagen de la muerte. ¡Qué dulce letargo! El alma no quisiera salir nunca de él. Se hallaba sujeta a los mayores dolores; ya no siente más que el único placer de no sufrir, y gozar de la más encantadora tranquilidad. El opio cambia hasta la voluntad; obliga al alma que quería velar y divertirse, a meterse en cama a su pesar. Paso por alto la historia de los venenos.

Al azotar la imaginación, el café, este antídoto del vino, disipa nuestras migrañas y nuestros pesares, sin otros efectos, como aquel licor, para el día siguiente.

Contemplemos el alma en sus demás necesidades.

El cuerpo humano es una máquina que compone por sí misma sus resortes, viva imagen del movimiento perpetuo. Los alimentos sostienen lo que la fiebre excita. Sin ellos el alma languidece, presa del furor, y muere abatida. Es una bujía cuya luz se reanima, en el momento de extinguirse. Pero nutrid el cuerpo, verted en sus tubos jugos vigorosos, licores fuertes; entonces el alma, generosa como éstos, se arma de un altivo coraje y el soldado a quien el agua hace huir, volviéndose feroz, corre alegremente a la muerte al son de los tambores. Así es como el agua caliente agita la sangre, que el agua fría habría sosegado.

¡Qué poder el de una comida! La alegría renace en un corazón triste; se introduce en el alma de los comensales, los cuales a su vez expresan por medio de amables canciones, en las que sobresalen los franceses. Sólo el melancólico se encuentra molesto y el hombre de estudio ya no está allí en su lugar.

La carne cruda torna feroces a los animales; también los hombres lo serían con el mismo alimento. Esta ferocidad produce en el alma el orgullo, el odio, el desprecio de las demás naciones la indocilidad y otros sentimientos, que depravan el carácter, tal como unos alimentos groseros hacen un espíritu pesado y espeso, cuyos atributos favoritos son la pereza y la indolencia.

Pope ha conocido bien todo el imperio de la glotonería, cuando dice. «El grave Cacio habla siempre de virtud, y cree que quien soporta a los viciosos, vicioso también es él. Estos hermosos sentimientos duran hasta la hora de la cena. Entonces prefiere a un malvado que tenga una mesa exquisita a un santo frugal».

«Considerad, dice en otra parte, al mismo hombre sano o enfermo; poseyendo un buen empleo, o habiéndolo perdido; le veréis amar la vida o detestarla, loco en la cacería, ebrio

en una asamblea provincial, educado en el baile, buen amigo en la ciudad, sin fe en la Corte».

Hubo en Suiza un gobernador, llamado Mr. Steiguer de Wittighofen, que en ayunas era el juez más íntegro e indulgente, pero ¡pobre del miserable que se hallara en el banquillo, cuando había hecho una gran comida! Era hombre tan capaz de hacer colgar al inocente como al culpable.

Pensamos e incluso somos personas honradas, al igual que somos alegres o valientes; todo depende de la manera en que está montada nuestra máquina. En ciertas ocasiones se diría que el alma habita en el estómago, y que Van Helmont, al colocar su sede en el pílono, no se habría equivocado de no tomar la parte por el todo.

¡A qué excesos puede inducirnos el hambre cruel! No hay respeto para las entrañas a las que se debe o se ha dado la vida; se las desgarran a bocados, se celebran con ellas horribles festines, y en los arrebatos de ese furor, el más débil siempre es la presa del más fuerte.

El embarazo, este émulo deseado de la palidez, no se contenta con llevar tras de sí los gustos depravados que acompañan estos dos estados: algunas veces ha hecho ejecutar al alma las conjuraciones más espantosas, efectos de una manía súbita, que ahoga hasta la ley natural. Así como el cerebro, esta matriz del espíritu, se pervierte a su manera con la del cuerpo.

¡Qué otro furor de hombre o mujer, el de aquellos que persiguen la continencia y la salud! Es poco para esta niña tímida y modesta haber perdido toda vergüenza y todo pudor; ya no mira el incesto, sino como una mujer galante mira el adulterio. Si sus necesidades no encuentran alivio rápido, no se limitarán a los simples accidentes de una pasión uterina, ni a la manía, etc. Esta desdichada morirá de un mal para el que existen tantos médicos.

Bastan los ojos para ver la influencia necesaria de la edad sobre la razón. El alma sigue los progresos del cuerpo, así como los de la educación. En el sexo bello, el alma sigue además la delicadeza del temperamento: de ahí esta ternura, este afecto, estos vivos sentimientos, fundados más bien en la pasión que en la razón; estos prejuicios, estas supersticiones, cuya fuerte impronta apenas puede borrarse, etc. El hombre, por el contrario, cuyo cerebro y nervios participan de la firmeza de todos los sólidos, tiene el espíritu, al igual que los rasgos de la cara más nerviosos, y su educación, de la cual carecen las mujeres, agrega además nuevos grados de fuerza a su alma. Con tal asistencia de la naturaleza y del arte, ¿cómo no iba a ser más agradecido, más generoso, más constante en la amistad, más firme en la adversidad, etc.? Pero, siguiendo de cerca el pensamiento del autor de las *Cartas sobre las Fisionomías*, quien reúne las gracias del espíritu y del cuerpo en casi todos los sentimientos del corazón que son más tiernos y más delicados, no debe envidiarnos una doble fuerza, que no parece haber sido dada al hombre sino para mejor impregnarse de los encantos de la belleza, y en lo que respecta a una de él, para servir mejor a sus placeres en lo que respecta a otra.

No es preciso ser tan gran fisionomista como este autor, para adivinar la cualidad del espíritu, por la figura o la forma de los rasgos, cuando éstos se hallan marcados hasta cierto punto; como no lo es ser un gran médico, para conocer un mal acompañado de todos sus síntomas evidentes. Examinad los retratos de Locke, de Steele, de Boerhaave, de Maupertuis, etc., no os asombraréis por hallarles fisionomías fuertes ni ojos de águila. Recorred infinidad de otros, siempre distinguiréis lo bello del gran genio, e incluso al hombre honesto del bribón.

La historia nos ofrece un ejemplo memorable de la importancia del aspecto. El famoso duque de Guisa estaba tan convencido de que Enrique III, por haberlo tenido muchas veces en su poder, no se atrevería jamás a asesinarlo, que partió para Blois. El canciller Chiverni, al enterarse de su partida, exclamó: *Es hombre perdido*. Cuando su fatal predicción quedó justificada por los acontecimientos, se le preguntó el motivo. *Hace veinte años*, dijo, *que conozco al Rey; es de natural bondadoso e incluso débil; pero he observado que la menor cosa le impacienta y le enfurece cuando hace frío*.

Tal pueblo tiene el espíritu pesado y estúpido; tal otro lo tiene vivo, ligero y penetrante. ¿De dónde proviene esto, si no es en parte de la nutrición que toma, de la simiente de sus padres<sup>2</sup>, y de este caos de elementos diversos que nadan en la inmensidad del aire? El espíritu al igual que el cuerpo padece sus enfermedades epidémicas y su escorbuto.

El imperio del clima es tal, que un hombre al pasar de uno a otro, se resiente a pesar suyo de este cambio. Es como una planta ambulante, que se ha transplantado por sí sola, y si el clima no es el mismo, es justo que degenera o mejore.

Se adquiere todo, además, de aquellos con quienes se vive, sus gestos, el acento, etc., al igual que el párpado se baja ante la amenaza del golpe previsto, o por la misma razón que el cuerpo del espectador imita maquinalmente, y a pesar suyo, todos los movimientos de un buen pantomimo.

Lo que acabo de decir demuestra que la mejor compañía para un hombre de talento, es la suya propia, de no encontrar una semejante a él. El talento se enmohece junto a aquellos que no tienen, por no ejercerse, al igual que en el juego de pelota, se devuelve mal la pelota a quien la echa mal. Preferiría un hombre inteligente, que no hubiera recibido ninguna educación, a otro que hubiera recibido una mala, con tal de que todavía fuera bastante joven. Un espíritu mal guiado, es un actor que la provincia ha echado a perder.

Los diversos estados del alma son pues siempre correlativos a los del cuerpo. Pero para demostrar mejor toda esta dependencia y sus causas, sirvámonos aquí de la anatomía comparada. Abramos las entrañas del hombre y de los animales. ¿Cómo conocer la natu-

---

<sup>2</sup> La historia de los animales y de los hombres prueba el imperio de la simiente de los padres sobre el espíritu y el cuerpo de los hijos.



raleza humana, sin estar instruido mediante un paralelismo adecuado de la estructura de unos y otros!

Por lo general, la forma y la composición del cerebro de los cuadrúpedos es aproximadamente la misma que la del hombre. La misma figura, la misma disposición en todo, con la diferencia esencial de que el hombre es, entre todos los animales, el que tiene más cerebro y el cerebro más sinuoso en relación a la masa de su cuerpo. Seguidamente, el mono, el castor, el elefante, el perro, el zorro, el gato, etc., son los animales que se parecen más al hombre, pues en ellos se observa también la misma analogía graduada, con respecto al cuerpo calloso, en el que Lancisi había situado el asiento del alma antes que el difunto M. de la Peyronie, el cual no obstante ilustró esta opinión con multitud de ejemplos.

Después de todos los cuadrúpedos, las aves son las que tienen más cerebro. Los peces tienen la cabeza grande, pero vacía de sentidos como la de muchos hombres. No tienen cuerpo calloso, y muy poco cerebro, el cual falta a los insectos.

No me extenderé en más detalles sobre las variedades de la Naturaleza, ni en conjeturas, pues unas y otras son infinitas, como puede juzgarse leyendo simplemente los Tratados de Willis *De Cerebro y de Anima Brutorum*.

Sólo concluiré lo que se deduce claramente de estas observaciones indiscutibles: 1.º, que cuanto más feroces son los animales, menos cerebro tienen; 2.º, que esta víscera parece agrandarse de algún modo, en proporción a su docilidad; 3.º, que aquí se da una singular condición impuesta eternamente por la Naturaleza, según la cual, cuanto más se gane por el lado del espíritu, más se pierde por el lado del instinto. ¿Qué es más ventajosa la pérdida o la ganancia?

No creáis por lo demás que quiera pretender con ello que el mero volumen del cerebro basta para juzgar el grado de docilidad de los animales, pues es preciso también que la cualidad coincida con la cantidad, y que los sólidos y los fluidos se hallen en este equilibrio conveniente que constituye la salud.

Si el imbécil no carece de cerebro, como se observa de ordinario, esta víscera pecará de una mala consistencia y de excesiva blandura, por ejemplo. Lo mismo sucede con los locos: los vicios de su cerebro no siempre se sustraen a nuestras investigaciones, pero si las causas de la imbecilidad, de la locura, etc., no son sensibles, ¿a dónde ir a buscar las de la variedad de todos los espíritus? Estas escaparían a los ojos de los linceos y de los argos. Nada, una fibrita, algo que la anatomía más sutil no puede descubrir, habría hecho dos necios de Erasmo y Fontenelle, el cual hace él mismo esta observación en uno de sus mejores *Diálogos*.

Aparte de la blandura de la médula del cerebro en los niños, en los perritos y en las aves, Willis ha observado que los cuerpos estriados están borrosos y como descoloridos en todos estos animales, y que sus estrías tienen una constitución tan imperfecta como en los paralíticos. Agrega, lo que es cierto, que el hombre tiene la protuberancia anular muy gruesa, siguiéndolo siempre en orden decreciente por grados el mono y los demás

animales nombrados antes, mientras el ternero, el buey, el lobo, la oveja, el cerdo, etc., que tienen esta parte muy poco voluminosa, tienen los tubérculos trigéminos y cuadrigéminos superiores muy grandes.

Resulta inútil ser discreto y reservado sobre las consecuencias que se pueden extraer de estas observaciones y de tantas otras sobre la clase de inconstancia de los vasos y nervios, etc.: tantas variedades no pueden ser juegos gratuitos de la naturaleza. Al menos prueban la necesidad de una organización buena y abundante, puesto que, en todo el reino animal, el alma, al fortalecerse con el cuerpo, adquiere sagacidad, a medida que éste se hace fuerte.

Detengámonos a contemplar la diferente docilidad de los animales. Sin duda la analogía mejor entendida lleva al espíritu a creer que las causas que hemos mencionado producen toda la diversidad que se encuentra entre ellos, aunque sea preciso reconocer que nuestro débil entendimiento, limitado a las observaciones más groseras, no pueda ver los lazos que reinan entre la causa y los efectos. Es una especie de armonía que los filósofos no conocerán nunca.

Entre los animales, unos aprenden a hablar y a cantar; retienen melodías, y captan todos los tonos, con la misma precisión que un músico. Otros que no obstante demuestran más talento, como el mono, no pueden conseguirlo. ¿Por qué ocurre así, sino a causa de un defecto de los órganos de la palabra?

Pero ¿es este defecto a tal punto de confirmación, que no se le pueda aplicar remedio alguno? En una palabra, ¿sería completamente imposible enseñar una lengua a este animal? No lo creo.

Tomaría al orangután con preferencia a cualquier otro, hasta que el azar nos hiciera descubrir alguna otra especie más parecida a la nuestra, pues nada se opone a que la haya en regiones que nos son desconocidas. Este animal se nos parece tanto, que los naturalistas lo han llamado *Hombre salvaje*, u *Hombre de los bosques*. Lo tomaría en las mismas condiciones de los alumnos de Amman, es decir, desearía que no fuera ni demasiado joven, ni demasiado viejo, pues los que se traen a Europa, son de ordinario demasiado mayores. Elegiría el que tuviera la fisonomía más espiritual, y que mejor demostrara en mil pequeñas operaciones lo que su aspecto me hubiera prometido. Por último, no pareciéndome digno de ser su preceptor, lo ingresaría en la escuela del excelente maestro que acabo de nombrar, o de otro igualmente capaz, si lo hay.

Sabéis por el libro de Amman, y por todos aquellos<sup>3</sup> que han vulgarizado su método, cuantos prodigios ha sabido operar sobre los sordos de nacimiento, en cuyos ojos, como él mismo lo da a entender, ha encontrado orejas, y en cuan poco tiempo, finalmente les ha enseñado a oír, a hablar, a leer y a escribir. Yo pretendo que los ojos de un sordo ven más claro y son más inteligentes que sino lo fuera, ya que la pérdida de un miembro o de un

---

<sup>3</sup> El autor de la *Historia natural del alma*.

sentido puede aumentar la fuerza o la penetración de otro. Pero el mono ve y oye, comprende lo que oye y lo que ve, y concibe tan perfectamente los signos que se le hacen, que, en cualquier juego u ejercicio, no dudo que aventajase a los discípulos de Amman. ¿Por qué pues la educación de los monos habría de ser imposible? ¿Por qué finalmente, a fuerza de cuidados, no podría imitar, a ejemplo de los sordos, los movimientos necesarios para pronunciar? No me atrevo a afirmar si los órganos vocales del mono no pueden articular nada, por mucho que se haga, pero esta imposibilidad absoluta me sorprendería a causa de la gran analogía entre el mono y el hombre, y porque no hay animal conocido hasta el presente, cuyo interior y exterior se le parezcan de un modo tan asombroso. Mr. Locke, que, por cierto nunca ha sido sospechoso de credulidad, no ha opuesto dificultad en creer la historia que el Caballero Temple describe en sus *Memorias*, de un loro que respondía pertinentemente y había aprendido a mantener una especie de conversación seguida como nosotros. Sé que se ha hecho burla de este gran metafísico<sup>4</sup>, pero el que hubiera anunciado al Universo que hay generaciones que se reproducen sin huevos y sin mujeres, ¿habría encontrado muchos partidarios? Sin embargo, Mr. Trembley ha descubierto algunas que se reproducen sin acoplamiento, y por la sola división. ¿Amman no habría pasado también por loco si, antes de realizar la feliz experiencia, se hubiera jactado de instruir en tan poco tiempo a alumnos tales como los suyos? No obstante, sus éxitos han asombrado al Universo, y como el autor de la historia de los Pólipos éste ha pasado de un vuelo a la inmortalidad. Quien debe a su genio los milagros que opera, a mí juicio, aventaja al que debe los suyos al azar. Quien ha encontrado el arte de embellecer el más bello de los reinos y de otorgarle perfecciones que no tenía, debe ser colocado por encima de un hacedor ocioso de sistemas frívolos o de un autor laborioso de descubrimientos estériles. Los de Amman tienen un valor muy distinto: ha sacado a los hombres del instinto al que parecían condenados y les ha dado ideas, espíritu, en una palabra, el alma que jamás hubieran tenido. ¡Qué mayor poder!

No limitemos los recursos de la naturaleza, porque son infinitos, sobre todo acompañados de un gran arte.

La misma mecánica que abre el canal de Eustaquio en los sordos, ¿no podría destaparlos en los monos? Un ansia favorable de imitar la pronunciación del maestro, ¿no podría poner en libertad los órganos de la palabra en animales que imitan numerosos otros signos, con tal habilidad e inteligencia? No sólo desafío a que se me cite alguna experiencia verdaderamente concluyente, que declare mi proyecto imposible y ridículo, sino que, siendo tal la semejanza de la estructura y de las operaciones del mono, no dudo casi de que, si se ejercitara perfectamente a este animal, se lograra finalmente enseñarle a pronunciar, y por consiguiente a saber una lengua. Entonces dejaría de ser un hombre salvaje y un hombre fallido, sería un hombre perfecto, un hombrequito de ciudad, con tanta

---

<sup>4</sup> El autor de la *Historia del alma*.

capacidad o músculos como nosotros para pensar y aprovechar su educación.

La transición de los animales al hombre no es violenta; los verdaderos filósofos lo reconocerán. ¿Qué era el hombre, antes de que se inventaran las palabras y se conocieran las lenguas? Un animal de su especie, el cual, con mucho menos instinto natural que los demás, de los que entonces no se creía rey, no se distinguía de mono y de los restantes animales más de lo que el propio mono; quiero decir, mediante una fisonomía que anunciaba mayor discernimiento. Reducido al mero *conocimiento intuitivo* de los leibnicianos, sólo veía figuras y colores, sin poder distinguir nada entre ellos; viejo o joven, niño a cualquier edad, balbuceaba sus sensaciones y sus necesidades, al igual que un perro hambriento o aburrido de estar quieto, pide de comer o pasearse.

Las palabras, las lenguas, las leyes, las ciencias y las bellas artes llegaron, y, gracias a ellas, se pulió al fin el diamante bruto de nuestro espíritu. Se ha adiestrado a un hombre, como a un animal, se ha llegado a ser autor como mozo de cordel. Un geómetra ha aprendido a hacer las demostraciones y los cálculos más difíciles, como un mono a quitarse o ponerse su sombrero, y a montarse sobre su dócil perro. Todo se ha hecho mediante signos, y cada especie ha comprendido lo que ha podido comprender. De esta manera han adquirido los hombres el *conocimiento simbólico*, así denominado a su vez por nuestros filósofos alemanes.

Como se ve, ¡nada más simple que la mecánica de nuestra educación! Todo se reduce a sonidos o a palabras que, de la boca de uno, pasan por la oreja del otro al cerebro, el cual al mismo tiempo recibe por los ojos la figura de los cuerpos, de los que estas palabras son los signos arbitrarios.

Pero, ¿quién ha hablado primero? ¿Quién ha sido el primer preceptor del género humano? ¿Quién ha inventado los medios para aprovechar la docilidad de nuestra organización? Lo ignoro; el nombre de estos dichosos y primeros genios se ha perdido en la noche de los tiempos. Pero el arte es el hijo de la naturaleza; ésta debió precederlo de mucho.

Debe creerse que los hombres mejor organizados, aquellos por quien la naturaleza agotaría sus favores, habrán instruido a los otros. No habrán podido distinguir un ruido nuevo, por ejemplo, ni experimentar nuevas sensaciones, ni conmoverse por todos estos bellos objetos diversos que constituyen el fascinante espectáculo de la naturaleza, sin hallarse en la misma situación que aquel sordo de Chartres, cuya historia fue Fontenelle el primero en narrarla, cuando oyó por primera vez a los cuarenta años el sorprendente tañido de las campanas.

¿Sería absurdo concluir de ahí que estos primeros mortales, a la manera de aquel sordo, o a la de los animales y los mudos (otra especie de animales), trataron de expresar sus nuevos sentimientos mediante movimientos dependientes de la Economía de su imaginación, y luego en consecuencia mediante sonidos espontáneos propios de cada animal, como expresión natural de su sorpresa, de su alegría, de sus transportes o de sus necesidades? Pues, sin duda, aquellos a quienes la naturaleza ha dotado de un

sentimiento más exquisito, también han tenido mayor facilidad para expresarlo.

He aquí cómo concibo que los hombres han empleado su sentimiento o su instinto para tener talento, y en fin, su talento, para tener conocimientos. He aquí por qué medios, en la medida en que puedo percibirlos, uno se ha llenado el cerebro de ideas, para cuya recepción lo había formado la naturaleza. Se han ayudado respectivamente, y al ampliarse poco a poco los más pequeños comienzos, todas las cosas del Universo han podido distinguirse tan fácilmente como un círculo.

Al igual que una cuerda de violín, o una tecla de clavicémbano, vibra y produce un sonido, las cuerdas del cerebro impresionadas por los rayos sonoros, han sido incitadas a devolver o a repetir las palabras que las tocaban. Pero, así como la construcción de esta víscera es tal que, en cuanto los ojos bien constituidos para la visión han recibido la pintura de los objetos, el cerebro no puede dejar de ver sus imágenes y sus diferencias; así también, cuando los signos de estas diferencias han sido marcados o grabados en el cerebro, el alma ha examinado necesariamente sus relaciones, examen al que no podía acceder sin el descubrimiento de los signos o la invención de las lenguas. En aquellos tiempos en que el Universo era casi mudo, el alma era respecto a todos los objetos, como un hombre que, sin tener la menor idea de las proporciones, contemplase un cuadro o una escultura, y no pudiera distinguir nada; o como un niño (pues entonces el alma se hallaba en su infancia) que, teniendo en la mano cierto número de pequeñas briznas de paja o de hierba, las ve en conjunto con una mirada vaga y superficial, sin poder contarlas ni distinguirlas. Pero colóquese por ejemplo una especie de pabellón o estandarte en este trozo de madera que llamamos mástil, colóquese otro en un objeto semejante, y nómbrese al primero en llegar con el signo 1 y al segundo con el signo o cifra 2. Entonces este niño podrá contarlos, y así sucesivamente aprenderá toda la aritmética. En cuanto una figura le parezca igual a otra por su signo *numérico*, concluirá sin esfuerzo que se trata de dos cuerpos diferentes: que 1 y 1 son 2, que 2 y 2 son 4<sup>5</sup>, etc.

Esta similitud real o aparente de las figuras es la base fundamental de todas las verdades y de todos nuestros conocimientos, entre los cuales es evidente que aquellos cuyos signos son menos simples y menos sensibles, son más difíciles de aprender que los demás, por cuanto requieren más talento para abarcar y combinar esta inmensa cantidad de palabras, mediante las cuales las ciencias de que hablo expresan las verdades de su competencia. Mientras las ciencias, que se anuncian mediante cifras u otros pequeños signos, se aprenden fácilmente, y, sin duda, esta facilidad es la que ha hecho afortunados los cálculos algebraicos, más aún que su evidencia.

Todo este saber, con el que el viento hincha el globo del cerebro de nuestros orgullosos pedantes, sólo es pues un gran montón de palabras y de figuras, que forman

en la cabeza todos los vestigios, por los cuales distinguimos y recordamos los objetos. Todas nuestras ideas se despiertan, al igual que un jardinero conocedor de las plantas recuerda todas sus fases al verlas. Estas palabras y las figuras que son designadas por ellas, se hallan de tal modo unidas en el cerebro, que es bastante raro imaginarse una cosa sin el nombre o el signo que le es atribuido.

Yo me sirvo siempre de la palabra *imaginar*, porque creo que todo se imagina, y que todas las partes del alma pueden ser justamente reducidas a la sola imaginación, la cual las constituye todas; y que así el juicio, el razonamiento y la memoria sólo son partes del alma, en modo alguno absolutas, sino verdaderas modificaciones de esta especie de *tejido medular*, sobre el cual los objetos pintados en el ojo se proyectan, como por una linterna mágica.

Pero si tal es este maravilloso e incomprensible resultado de la organización del cerebro, si todo se concibe a través de la imaginación, si todo se explica a través suyo, ¿por qué escindir el principio sensitivo que piensa en el hombre? ¿No es una contradicción manifiesta en los partidarios de la simplicidad del espíritu? Pues una cosa que se escinde, ya no puede considerarse indivisible, sin caer en el absurdo. He aquí a qué conduce el abuso de las lenguas y el uso de estas grandes palabras, *espiritualidad*, *inmaterialidad*, etcétera, colocadas por completo al azar, sin que ni siquiera hombres de talento las entiendan.

Nada más fácil que probar un sistema, fundado como éste, en el sentimiento íntimo y la experiencia propia de cada individuo. La imaginación, o esta parte fantástica del cerebro, cuya naturaleza nos es tan desconocida como su manera de actuar, ¿es naturalmente pequeña o débil? Apenas será capaz de comparar la analogía o la semejanza de sus ideas; sólo podrá ver lo que se encuentre frente a ella, o le afecte más vivamente; y aún ¡de qué modo! Pero no deja de ser cierto que sólo la imaginación percibe, que es ella la que se representa todos los objetos con las palabras y las figuras que los caracterizan, y de que así sigue siendo ella el alma, puesto que desempeña todas sus funciones. A través suyo, mediante su pincel lisonjero, el frío esqueleto de la razón toma carnes vivas y rojas. A través suyo, las ciencias florecen, las artes se embellecen, los bosques hablan, los ecos suspiran, las rocas lloran, el mármol respira, todo cobra vida entre los cuerpos inanimados. Ella es también quien agrega a la ternura de un corazón enamorado el excitante atractivo de la voluptuosidad. Ella lo hace germinar en el gabinete del filósofo y del pedante polvoriento; en fin, ora forma a los sabios, como a los oradores y a los poetas. Neciamente difamada por unos, en vano exaltada por otros, mal conocida por todos, no sólo marcha en pos de las gracias y de las bellas artes y no sólo pinta la naturaleza, sino que también puede medirla. Razona, juzga, penetra, compara, profundiza. ¿Podría sentir tan bien las bellezas de los cuadros que se le trazan, sin descubrir las relaciones entre ellos? No; así como no puede replegarse sobre los placeres de los sentidos, sin gozar de toda su perfección o su voluptuosidad, tampoco puede reflexionar sobre lo que ella ha concebido mecánicamente, sin ser entonces el juicio mismo.

---

<sup>5</sup> Aún hoy existen pueblos que, por falta de mayor número de signos, sólo pueden contar hasta veinte.

Cuanto más se ejerce la imaginación o el menor talento, mayor robustez alcanza, por así decir; más se agranda, se vuelve nervioso, robusto, vasto y capaz de pensar. La mejor organización tiene necesidad de este ejercicio.

La organización es el primer mérito del hombre; en vano todos los que escriben sobre la moral dejan de poner en el rango de las cualidades dignas de estima, aquellas que se obtienen de la naturaleza, y sólo tienen en cuenta las que se adquieren a costa de reflexiones y de esfuerzos: pues, ¿de dónde nos viene, os ruego, la habilidad, la ciencia y la virtud, si no es de una disposición que nos hace capaces de llegar a ser hábiles, sabios y virtuosos? ¿Y de dónde nos viene además esta disposición, si no es de la naturaleza? Si tenemos cualidades dignas de estima es gracias a ella; le debemos todo lo que somos. ¿Por qué pues no he de apreciar tanto a los que tienen cualidades naturales, como a los que brillan por cualidades adquiridas, y de algún modo prestadas? Cualquiera que sea el mérito, cualquiera que sea el lugar del que provenga, es digno de estima; sólo se trata de saber medirlo. Aunque frutos del azar, el espíritu, la belleza, las riquezas, la nobleza, todos tienen su precio, al igual que la destreza, el saber, la virtud, etc. Aquellos que la naturaleza ha colmado de sus dones más preciados deben compadecer a quienes les han sido rechazados. Pero pueden sentir su superioridad sin orgullo y como expertos en ello. Una mujer hermosa sería tan ridícula si se creyera fea, como un hombre inteligente que se creyera un necio. Una modestia exagerada (defecto raro en verdad) es una especie de ingratitud para con la naturaleza. Un orgullo honesto, por el contrario, es indicio de un alma bella y grande, que revelan unos rasgos vigorosos y como moldeados por el sentimiento.

Si la organización es un mérito, el primer mérito y la fuente de todos los demás, la instrucción es el segundo. Sin ella, el cerebro mejor construido lo estaría inútilmente, como el hombre mejor formado, sin los usos de la buena sociedad, se reduciría a un campesino grosero. Pero asimismo, ¿cuál sería el fruto de la escuela más excelente, sin una matriz completamente abierta a la entrada o a la concepción de las ideas? Tan imposible es dar una sola idea a un hombre privado de todos los sentidos, como hacerle un hijo a una mujer, a la que la naturaleza en un caso de extrema distracción hubiera olvidado hacerle una vulva, como vi en una, que no tenía hendidura, ni vagina, ni matriz, y que por esta razón fue descasada tras diez años de matrimonio.

Pero si el cerebro se halla bien organizado y bien instruido a la vez, es una tierra fecunda perfectamente sembrada, que produce cien veces más de lo que ha recibido. O (para abandonar el estilo figurado, a menudo necesario para expresar mejor lo que se siente y dotar de gracias a la propia verdad) si la imaginación es elevada por el arte a la bella y rara dignidad de genio, aprehende exactamente todas las relaciones de las ideas que ha concebido y abraza con facilidad una multitud sorprendente de objetos, para extraer finalmente una larga cadena de consecuencias, las cuales sólo siguen siendo nuevas relaciones, engendradas por la comparación de las primeras, con las que el alma encuentra una perfecta semejanza. Así es, a mi parecer, la generación del espíritu. Digo

*encuentra*, como antes he aplicado el epíteto de *aparente*, a la similitud de los objetos: no por pensar que nuestros sentidos sean siempre engañosos como ha pretendido el Padre Malebranche, o que nuestros ojos un poco ebrios por naturaleza no vean los objetos tal como son en sí mismos, aunque los microscopios nos lo prueben todos los días, sino para evitar cualquier disputa con los pirrónicos, entre los que Bayle se ha distinguido.

Yo digo de la verdad en general lo que Mr. de Fontenelle dice de algunas en particular, que es preciso sacrificarla al beneplácito de la sociedad. Es propio de la dulzura de mi carácter obviar toda disputa, cuando no se trata de agudizar la conversación. Aquí, en vano los cartesianos se lanzarían a la carga con sus *ideas innatas*. Ciertamente, yo no me tomaría ni la cuarta parte del trabajo que se ha tomado Mr. Locke para atacar tales quimeras. ¿Qué utilidad tiene efectivamente componer un gran libro para probar una doctrina que ya estaba erigida en axioma hace tres mil años?

Según los principios que hemos establecido y que creemos verdaderos, el que tiene más imaginación debe ser considerado como el que tiene más talento o genio, pues todos estos términos son sinónimos. Por otra parte, es por un abuso vergonzoso que se cree decir cosas diferentes, cuando a las diferentes palabras o diferentes sonidos que se pronuncian, no se ha unido ninguna idea o distinción real.

La imaginación, cuanto más bella, más grande o más fuerte, más propicia es a las ciencias y a las artes. No diferencio si es necesario más talento para sobresalir en el arte de los Aristóteles o de los Descartes, que en el de los Eurípides o los Sófocles, ni si la naturaleza ha gastado más para hacer a Newton que para formar a Corneille (de lo cual dudo mucho), pero es cierto que es la sola imaginación diversamente aplicada, la que ha forjado su distinto triunfo y su gloria inmortal.

Si alguien pasa por tener poco juicio, con mucha imaginación; ello quiere decir que la imaginación demasiado abandonada a sí misma, casi siempre como ocupada mirándose en el espejo de sus sensaciones, no ha contraído bastante el hábito de examinarlas con atención, por estar más profundamente penetrada por los vestigios o por las imágenes que por su verdad o su semejanza.

Es cierto que la vivacidad de los resortes de la imaginación es tal, que si la atención, esta clave o madre de las ciencias, no interviene, apenas le es permitido recorrer y rozar los objetos.

Contemplad este pájaro sobre la rama, siempre pronto a emprender el vuelo, pues lo mismo sucede a la imaginación. Arrebatada siempre por el torbellino de la sangre y de los espíritus, cada onda deja una huella, borrada por la que le sigue, y el alma corre detrás, con frecuencia en vano. Es preciso que se detenga a lamentar lo que no ha captado y fijado con suficiente rapidez: y así es, como la imaginación, verdadera imagen del tiempo, se destruye y se renueva sin cesar.

Así es el caos, y la sucesión continua y rápida de nuestras ideas, las cuales se persiguen, como una ola empuja a la otra. De manera que si la imaginación no emplea, por

así decir, una parte de sus músculos, para mantenerse como en equilibrio sobre las cuerdas del cerebro, para sostenerse durante un tiempo sobre un objeto huidizo, y procurar no caer sobre otro que todavía no es hora de contemplar, jamás sería digna del hermoso nombre de juicio. No dejará de expresar vivamente lo que haya sentido, pues formará a los oradores, los músicos, los pintores, los poetas, pero nunca a un solo filósofo. Por el contrario, si desde la infancia se habitúa a la imaginación a frenarse a sí misma, a no dejarse llevar por su propia impetuosidad, que sólo produce brillantes entusiastas, a detener, a contener sus ideas, a darles vuelta en todos sentidos, para ver todas las caras de un objeto, entonces la imaginación pronta a juzgar, abarcará mediante el razonamiento la mayor esfera de objetos posible. Asimismo su vivacidad, siempre de tan buen augurio en los niños y a la que sólo se trata de regular a través del estudio y del ejercicio, no será ya sino una penetración clarividente, sin la cual se hacen pocos progresos en las ciencias.

Esos son los simples fundamentos sobre los que se ha erigido el edificio de la lógica. La naturaleza los había echado para todo el género humano, pero unos se han aprovechado de ello, y otros han abusado.

A pesar de todas estas prerrogativas del hombre sobre los animales, es hacerle un honor colocarlo en la misma clase. Porque lo cierto es que, hasta determinada edad, es más animal que ellos por tener menos instinto al nacer.

¿Qué animal se moriría de hambre en medio de un río de leche? Sólo el hombre. Semejante a este niño viejo del cual habla un moderno siguiendo a Arnobio, no conoce ni los alimentos que le convienen, ni que puede ahogarse en el agua, ni que el fuego puede reducirlo a cenizas. Haced brillar por vez primera la luz de una bujía ante los ojos de un niño, y éste acercará maquinalmente el dedo, como para saber qué es el nuevo fenómeno que percibe: conocerá el peligro a sus expensas, pero no volverá a repetirlo.

Ponedlo a su vez junto a un animal al borde de un precipicio, y sólo él caerá, al igual que se ahoga, allí donde el otro se salva a nado. A los catorce o quince años, entrevé apenas los grandes placeres que le esperan en la reproducción de su especie; ya adolescente, no sabe demasiado cómo comportarse en un juego que la naturaleza enseña tan de prisa a los animales, y se oculta, como si fuera vergonzoso sentir placer y estar constituido para ser feliz, mientras los animales se honran de ser cínicos. Al no tener educación, carecen de prejuicios. Pero sigamos observando a este perro y a este niño que han perdido respectivamente a su amo en un gran camino: el niño llora, no sabe a qué Santo encomendarse, mientras que el perro, mejor guiado por su olfato que el otro por su razón, lo encontrará en seguida.

La naturaleza nos había hecho pues para estar por debajo de los animales, o al menos, para así hacer destacar mejor los prodigios de la educación, la cual es la única en sacarnos de su nivel y elevarnos finalmente por encima de ellos. Pero, ¿se puede conceder la misma distinción a los sordos, a los ciegos de nacimiento, a los imbeciles, a los locos, a los hombres salvajes o que se han educado en los bosques con los animales, a aquellos cuya

dolencia hipocondríaca ha destruido su imaginación, en fin, a todos estos animales de aspecto humano, que sólo muestran el instinto más grosero? No, todos estos hombres más corporales que espirituales no merecen una clase particular.

No tenemos intención de pasar desapercibidas las objeciones que se pueden hacer en favor de la distinción primitiva entre el hombre y los animales, contra nuestra opinión. Se dice que en el hombre hay una ley natural, un conocimiento del bien y del mal, que no ha sido grabado en el corazón de los animales.

Pero, ¿se funda semejante objeción o más bien aserción, en la experiencia, sin la cual un filósofo puede rechazarlo todo? ¿Tenemos acaso alguna que nos convenza de que sólo el hombre ha sido iluminado por un rayo rehusado a todos los demás animales? Si no la hay, tan imposible nos es conocer por ella lo que pasa en éstos, e incluso en los hombres, como sentir lo que afecta el interior de nuestro ser. Sabemos que pensamos, y que tenemos remordimientos, pues un sentimiento íntimo nos obliga a admitirlo. Pero para juzgar los remordimientos ajenos este sentimiento que está en nosotros es insuficiente, y por eso, es necesario creer a los demás hombres por su palabra, o por los signos sensibles y exteriores que hemos observado en nosotros mismos, cuando experimentábamos la misma conciencia y los mismos tormentos.

Pero para determinar si los animales que no hablan han recibido la ley natural, hay que remitirse por consiguiente a esos signos que acabo de mencionar, en el supuesto de que existan. Los hechos parecen probarlo. El perro que ha mordido a su amo porque éste lo ha provocado, parece arrepentirse al instante; se lo ve triste, afligido, sin osar mostrarse, y reconociéndose culpable con un aspecto rastrero y humillado. La historia nos ofrece el célebre ejemplo de un león que no quiso desgarrar a un hombre abandonado a su furor, por reconocerlo como su bienhechor. ¡Cuánto sería de desear que el hombre mostrara siempre el mismo reconocimiento hacia los beneficios y el mismo respeto por la humanidad! Ya no habría que temer a los ingratos, ni estas guerras que son el azote del género humano y los verdaderos verdugos de la ley natural.

Pero un ser a quien la naturaleza ha dado un instinto tan precoz, tan claro, que juzga, combina, razona y delibera, tanto como se extiende y le permite la esfera de su actividad; un ser que se apegas por los beneficios, y que se aparta por los malos tratos para ir en busca de un amor mejor; un ser de una estructura semejante a la nuestra, que hace las mismas operaciones, que tiene las mismas pasiones, los mismos dolores, los mismos placeres, más o menos vivos, según el imperio de la imaginación y la delicadeza de los nervios; un ser así, ¿no muestra claramente que siente sus errores y los nuestros, que conoce el bien y el mal y, en una palabra, tiene conciencia de lo que hace? Su alma, que, parecida a la nuestra, es índice de las mismas alegrías, de las mismas mortificaciones y de los mismos desconciertos, ¿dejaría acaso de experimentar toda repugnancia al ver a su semejante desgarrada, o tras haberla hecho pedazos él mismo despiadadamente? Establecido esto, el don precioso de que se trata, no habría sido rehusado a los animales, pues si éstos nos ofrecen signos evidentes de su arrepentimiento, así como de su

inteligencia, ¿qué hay de absurdo en pensar que unos seres, unas máquinas casi tan perfectas como nosotros, estén hechas para pensar, y para sentir la naturaleza como nosotros?

No se me objete que los animales son en su mayor parte seres feroces, que no son capaces de sentir los daños que causan. Pues, ¿acaso todos los hombres distinguen mejor los vicios y las virtudes?

En nuestra especie hay tanta ferocidad como en la suya. Los hombres que tienen la bárbara costumbre de transgredir la ley natural, no están tan atormentados como aquellos que la transgreden por vez primera, y que la fuerza del ejemplo no ha endurecido. Sucede lo mismo con los animales que con los hombres: unos y otros pueden ser más o menos feroces por temperamento, y llegan a serlo más con aquéllos que lo son. Pero un animal dulce, pacífico, que vive con otros animales semejantes y de alimentos suaves, será enemigo de la sangre y de la carnicería, se avergonzará interiormente de haberla derramado, tal vez con la diferencia de que como ellos todo lo inmolan a las necesidades, a los placeres y a las comodidades de la vida, de la que gozan más que nosotros, sus remordimientos no parecen deber ser tan vivos como los nuestros, puesto que nosotros no experimentamos la misma necesidad que ellos. La costumbre debilita y quizá ahoga los remordimientos, así como los placeres.

Pero, por un instante, quiero suponer que me equivoco, y que no es justo que casi todo el universo se halle en un error a este respecto, y que sólo yo tenga razón. Admito que los animales, incluso los más excelentes, no conocen la distinción del bien y del mal moral, que carecen de memoria para con todas las atenciones que se han tenido hacia ellos, para con el bien que se les ha hecho, y carecen de sentimiento respecto a sus propias virtudes. Admito también que este león, por ejemplo, que he mencionado entre tantos otros, no se acuerde de no haber querido arrebatarse la vida a este hombre que se dejó llevar por su furia, en un espectáculo más inhumano que todos los leones, los tigres y los osos juntos; mientras que nuestros compatriotas luchan entre sí, suizos contra suizos, hermanos contra hermanos, se delatan y se encadenan o se matan sin remordimientos, porque un príncipe paga sus asesinatos. Si supongo, en fin, que la ley natural no ha sido concedida a los animales, ¿cuáles serán las consecuencias? El hombre no está formado de un barro más precioso, pues la naturaleza no ha empleado más que una sola y misma pasta, de la que únicamente ha variado los fermentos. Si el animal no se arrepiente pues de haber violado el sentimiento interior al que me refiero, o más bien si carece absolutamente de él, es preciso que el hombre se halle en el mismo caso, con lo cual despedámonos de la ley natural, y de todos estos bellos tratados que se han publicado sobre ella. Pero, recíprocamente, si el hombre no puede dejar de aceptar que siempre distingue, cuando la salud le permite gozar de sí mismo, a los que tienen probidad, humanidad, virtud, de los que no son humanos, ni virtuosos, ni honestos, y que es fácil distinguir lo que es vicio o virtud, por el único placer o la propia repugnancia que son como sus efectos naturales, se deduce que los animales constituidos de la misma materia,

a la que tal vez sólo ha faltado un grado de fermentación para igualar a los hombres en todo, deben participar de las mismas prerrogativas de la animalidad, y que por lo tanto ya no existe alma o sustancia sensitiva alguna sin remordimientos. La próxima reflexión hará éstas más consistentes.

No se puede destruir la ley natural. Su sello es tan fuerte en todos los animales, que no dudo de que los más salvajes y los más feroces no tengan algunos momentos de arrepentimiento. Creo que la Niña Salvaje de Châlons en Champagne habrá sufrido la pena de su crimen, si es cierto que devoró a su hermana. Pienso lo mismo de todos aquellos que cometen crímenes, sean involuntarios o temperamentales: de Gaston de Orleáns, que no podía abstenerse de robar; de cierta mujer que fue dominada por el mismo vicio en el embarazo, y que sus hijos heredaron; de la que en el mismo estado devoró a su marido; de esta otra que degollaba a sus hijos, salaba sus cuerpos, y se comía todos los días un pedazo como si fuera cochinillo salado; y de la hija de un ladrón antropófago que, a los doce años se volvió como el padre, pese a haber perdido a éste y a la madre a la edad de un año, y haber sido educada por gente honesta. Ni que decir tiene de tantos otros ejemplos de los que nuestros observadores abundan y que, en conjunto, prueban que hay mil vicios y virtudes hereditarias, que pasan de padres a hijos, como los de la nodriza a los que cría. Digo pues y concedo que estos desdichados, en su mayor parte, no sienten al instante la enormidad de su acción. La Bulimia, por ejemplo, o hambre canina, puede extinguir todo sentimiento, porque obliga a satisfacer una manía estomacal. Pero al volver en sí, y como saliendo de su estado de embriaguez, ¿qué remordimientos para estas mujeres que recuerdan el asesinato que han cometido contra los que más amaban! ¿Qué punición por un mal involuntario, al cual no han podido resistir, del que no han tenido ninguna conciencia! Sin embargo, ello no basta a los jueces, al parecer. Entre las mujeres de que hablo, una fue pasada por la rueda y quemada, la otra fue enterrada viva. Entiendo todo lo que exige el interés de la sociedad. Pero, sin duda, sería deseable que sólo hubiera por jueces los mejores médicos. Únicamente ellos podrían distinguir al criminal inocente del culpable. Si la razón es esclava de un sentido depravado o exasperado, ¿cómo puede gobernarlo?

Pero si el crimen lleva consigo su propia punición más o menos cruel, si la costumbre más larga y bárbara no puede arrancar el arrepentimiento de los corazones más inhumanos de ninguna manera, y si éstos se desgarran por la propia memoria de sus acciones, ¿por qué amedrentar la imaginación de los espíritus débiles con un infierno, con espectros y con precipicios de fuego, menos reales aún que los de Pascal<sup>6</sup>? ¿Qué necesidad hay de

---

<sup>6</sup> En una reunión o en la mesa, siempre necesitaba a su izquierda una muralla de sillas o a alguien junto a él, para evitarle el ver Abismos espantosos en los cuales creía a veces caer, por mucha conciencia que tuviera de estas

recurrir a las fábulas, como un Papa dijo de buena fe, para torturar a los mismos desdichados a quienes se condena a muerte, por no parecer suficientemente castigados por su propia conciencia, que es su primer verdugo? Con ello no quiero decir que todos los criminales sean castigados injustamente; sólo pretendo que aquéllos cuya voluntad es depravada y carecen de conciencia, lo están bastante por sus remordimientos, cuando vuelven en sí. Remordimientos, me atrevo todavía a decir, de los que la naturaleza, a mi juicio, habría debido librar a unos desdichados arrastrados en este caso por una fatal necesidad.

Los criminales, los malvados, los ingratos, aquellos en fin que no sienten la naturaleza, tiranos desdichados e indignos de la luz del día, en vano convierten su barbarie en un cruel placer; hay momentos de sosiego y reflexión, en que la conciencia vengativa se rebela, testimonio contra ellos, y los condena casi a desgarrarse con sus propias manos sin cesar. Quien atormenta a los hombres, se atormenta a sí mismo, y los males que sienta, serán la justa medida de los que haya hecho.

Por otra parte, tal es el placer en hacer el bien, en sentir y reconocer al que lo recibe, y tanta es la satisfacción en practicar la virtud, ser dulce, humano, tierno, caritativo, compasivo y generoso (esta sola palabra encierra todas las demás virtudes), que doy por suficientemente castigado a cualquiera que tenga la desdicha de no haber nacido virtuoso.

Originariamente no hemos sido hechos para ser sabios; quizá hemos llegado a serlo gracias a una especie de abuso de nuestras facultades orgánicas, y ello también a costa del Estado, que alimenta a una multitud de holgazanes, que la vanidad ha adornado con el nombre de filósofos. La naturaleza nos ha creado a todos únicamente para ser felices; sí, a todos, desde el gusano que se arrastra hasta el águila que se pierde en una nube. Por este motivo, ha dado a todos los animales alguna porción de la ley natural, porción más o menos exquisita, según admiten los órganos bien condicionados de cada animal.

¿Cómo definiríamos en el presente la ley natural? Es un sentimiento que nos enseña lo que no debemos hacer, porque no quisiéramos que se nos hiciera a nosotros. Me atrevería a agregar a esta idea común, que este sentimiento, a mi parecer, sólo es una especie de temor o de horror, tan saludable a la especie como al individuo. Pues tal vez

---

ilusiones. ¡Qué efecto tan horrendo de la imaginación, o de una circulación singular en un lóbulo del cerebro! Gran hombre por una parte, estaba medio loco por otra. La locura y la sabiduría tenían cada una su departamento o su lóbulo, separado por la hoz. ¿Por qué lado se adhería tanto a los señores de Port-Royal?

no respetemos la bolsa y la vida de los otros, más que para conservar nuestros bienes, nuestro honor y conservarnos a nosotros mismos, semejantes a estos *Ixiones del Cristianismo*, que sólo aman a Dios y abrazan tantas virtudes quiméricas por temor al infierno.

Ya veis que la ley natural no es más que un sentimiento íntimo, el cual pertenece también a la imaginación como todos los demás, entre los que se incluye el pensamiento. Por consiguiente, no supone evidentemente ni educación, ni revelación, ni legislador, a menos que no se la quiera confundir con las leyes civiles, al modo ridículo de los teólogos.

Las armas del fanatismo pueden destruir a los que sostienen estas verdades, pero jamás lograrán destruir estas verdades en tanto que tales.

No se trata de que yo ponga en duda la existencia de un ser supremo, sino al contrario, me parece que el mayor grado de probabilidad está en su favor. Pero como esta existencia no prueba más la necesidad de un culto que la de cualquier otro, es una verdad teórica, que apenas tiene aplicación en la práctica. De modo que, como puede decirse a propósito de tantas experiencias que la religión no supone la probidad exacta, las mismas razones autorizan a pensar que el ateísmo no la excluye.

¿Quién sabe, por lo demás, si la razón de la existencia del hombre no se encontrará en su propia existencia? Tal vez ha sido arrojado al azar sobre un punto de la superficie de la Tierra, sin que pueda saberse cómo, ni por qué, sino únicamente que debe vivir y morir, semejante a estos champiñones, que aparecen de un día para otro, o a estas flores que bordean las zanjas y cubren los muros.

No nos perdamos en el infinito, no estamos hechos para tener la menor idea de él, pues nos es absolutamente imposible remontarnos al origen de las cosas. Por lo demás, para nuestra tranquilidad igual da que la materia sea eterna o que haya sido creada, y que exista un Dios o no exista. Qué locura atormentarse tanto por lo que no podemos conocer, ni nos haría más felices, de conseguirlo.

Pero se dice, leed todas las obras de los Fenelon, de los Nieuwentyt, de los Abadie, de los Derham, de los Raïs, etcétera. ¡Y bien! ¿Qué me enseñarán? O mejor, ¿que me han enseñado? Sólo son enojosas repeticiones de escritores celosos, sin que uno agregue al otro sino palabrería, más propicia para fortalecer que para corroer los fundamentos del ateísmo. El volumen de las pruebas que se extraen del espectáculo de la naturaleza, no le dan más fuerza. La sola estructura de un dedo, de una oreja, de un ojo, y una observación de Malpighi, lo prueban todo, y sin duda mucho mejor que Descartes y Malebranche, o todo lo demás no prueba nada. Los deístas, y los mismos cristianos deberían pues contentarse con hacer observar que en todo el reino animal, los mismos fines son ejecutados a través de una infinidad de medios diversos, aunque todos exactamente geométricos. Pues ¿con qué armas más poderosas se podría combatir a los ateos? Es cierto que si mi razón no me engaña, el hombre y todo el universo parecen haber sido destinados a esta unidad de fines. El sol, el aire, el agua, la organización, la forma de los

cuerpos, todo se proyecta en el ojo como en un espejo que presenta fielmente a la imaginación los objetos que se pintan en él, según las leyes que exige esta infinita variedad de cuerpos que sirven a la visión. En la oreja, encontramos por doquier una diversidad sorprendente de ellos, sin que esta compleja fábrica del hombre, de los animales y de los peces, produzca usos diferentes. Todas las orejas se hallan tan matemáticamente constituidas, que tienden por un igual a un solo y mismo fin, que es oír. El deísta pregunta si el azar es suficientemente gran geómetra, para variar así a su antojo las obras de que se le supone autor, sin que tanta diversidad pudiera impedirle alcanzar el mismo fin. Pone además como objeción estas partes evidentemente contenidas en el animal para futuros usos: la mariposa en la oruga, el hombre en el espermatozoide, el pólipo entero en cada una de sus partes, la válvula en el agujero oval, el pulmón en el feto, los dientes en su alveolos, los huesos en los fluidos, que se separan de ellos endureciéndose de una manera incomprensible. Y como los partidarios de este sistema, lejos de descuidar nada para hacerlo valer, no se cansan jamás de acumular pruebas y más pruebas, quieren sacar provecho de todo, en ciertos casos incluso de la debilidad del espíritu. ¡Contemplad, dicen, a los Spinoza, los Vanini, los Desbarreaux, los Boindin, apóstoles que hacen más honor que daño al deísmo! La duración de la salud de estos últimos ha sido la medida de su incredulidad, y, en efecto, es raro, agregan, que no se abjure del ateísmo, en cuanto las pasiones se han debilitado con el cuerpo, que es su instrumento.

Ciertamente, eso es lo más favorable que se puede decir acerca de la existencia de un dios, aunque el último argumento sea frívolo, ya que estas conversiones son breves, en la medida en que el espíritu retorna casi siempre sus antiguas opiniones, y actúa en consecuencia, tan pronto recobra o más bien reencuentra sus fuerzas en las del cuerpo. Esto también es mucho más de lo que dice el médico *Diderot* en sus *Pensées Philosophiques* obra sublime que no convencerá a un ateo. En efecto, qué responder a un hombre que dice: «Nosotros no conocemos la naturaleza: unas causas ocultas en su seno podrían haberlo producido todo. ¡Observad al mismo tiempo el pólipo de Trembley! ¿No contiene en sí las causas que dan lugar a su regeneración? ¿Qué habría de absurdo en pensar que existen causas físicas por las cuales todo ha sido hecho, y a las que toda la cadena de este vasto universo se halla tan necesariamente ligada y sujeta, que nada de lo que acontece podría dejar de suceder? Me refiero a causas cuya ignorancia absolutamente invencible nos ha hecho recurrir a un Dios, que no es siquiera un Ser razonable, según algunos. Así, destruir el azar no es demostrar la existencia de un ser supremo, puesto que puede haber otra cosa que no sea el azar ni Dios, quiero decir la naturaleza, cuyo estudio por consiguiente sólo puede aumentar el número de incrédulos, como lo prueba el modo de pensar de sus más dichosos escrutadores».

El *peso del universo* no hace vacilar a un verdadero ateo, y lejos está de aplastarlo. Todos estos indicios de un Creador, que se repiten miles de veces y que se sitúan muy por encima de la manera de pensar de nuestros semejantes, no resultan evidentes —por

mucho que se profundice este argumento— más que para los anti-pirrónicos o para aquellos que tienen suficiente confianza en su razón, como para creer poder juzgar sobre ciertas apariencias, a las cuales, como veis, los ateos pueden oponer otras, quizá igual de poderosas y absolutamente contrarias. Pues si seguimos escuchando a los naturalistas, nos dirán que las mismas causas que, en las manos de un químico y debido a diversas combinaciones azarosas, han hecho el primer espejo, en las de la naturaleza han producido el agua pura, que sirve a la sencilla pastora, que el movimiento que conserva el mundo, ha podido crearlo; que cada cuerpo ha tornado el lugar que la naturaleza le ha asignado; que el aire ha debido rodear la tierra, por la misma razón que el hierro y los otros metales son obra de sus entrañas; que el sol es un producto tan natural como la electricidad; que aquél no ha sido hecho para calentar la Tierra, y todos sus habitantes, a quienes algunas veces quema, así como tampoco la lluvia para hacer germinar los granos que con frecuencia destruye; que el espejo y el agua no han sido hechos para que uno pueda mirarse en ellos, como tampoco todos los demás cuerpos resplandecientes que tienen la misma propiedad; que el ojo, en realidad, es una especie de entrepaño en el cual puede el alma contemplar la imagen de los objetos, tal como le son representados por estos cuerpos, aunque no se ha demostrado que este órgano realmente haya sido hecho a propósito para esta contemplación, ni se haya situado a propósito en la órbita: que, en fin, bien podría ser que Lucrecio, el médico Lamy, y todos los epicúreos antiguos y modernos, tuvieran razón, cuando suponen que el ojo sólo ve por cuanto se halla organizado, y situado tal como está, porque una vez establecidas las mismas reglas de movimiento que sigue la naturaleza en la generación y el desarrollo de los cuerpos, no sería posible que este maravilloso órgano estuviera situado y organizado de distinta manera.

Esos son los pros y contras, así como el resumen de las grandes razones que compartirán los filósofos eternamente. Yo, no tomo ningún partido.

*Non nostrum inter vos tantas componere lites*

[No es asunto mío dirimir tamaña contienda entre vosotros.]

Es lo que le decía a un francés amigo mío, pirrónico tan sincero como yo, hombre de mucho mérito y digno de mejor suerte. A este respecto me dio una respuesta muy singular. Es verdad, me dijo, que los pros y contras no deben inquietar el alma de un filósofo, el cual ve que nada está demostrado con suficiente claridad para forzar su consentimiento, e incluso que los indicios que aparecen por un lado, son inmediatamente destruidos por los que se presentan en el otro. Sin embargo, prosiguió, el universo nunca será dichoso, a menos que sea ateo. He aquí, cuáles eran las razones de este hombre abominable. Si el ateísmo, decía, estuviera ampliamente difundido, todas las ramas de la religión serían entonces destruidas y cortadas de raíz. ¡No más guerras teológicas, ni más soldados de la religión, esos soldados terribles! La naturaleza infectada de un veneno sa-



grado, recobraría sus derechos y su pureza. Sordos a toda otra voz, los mortales tranquilos sólo seguirían los consejos espontáneos de su propio individuo, los únicos que no se desprecia impunemente, y los únicos que pueden conducirnos a la felicidad por los agradables senderos de la virtud.

Esta es la ley natural: quienquiera que sea un observador rígido es un hombre honesto y merece la confianza de todo el género humano. Quienquiera que no la siga escrupulosamente, por más que parezca guardar preceptos de otra religión, es un pícaro o un hipócrita del que desconfío.

Después de esto, ¡que un pueblo vano piense de distinto modo! ¡Que éste ose afirmar que atañe a la misma probidad no creer en la Revelación, y que, en una palabra, es necesaria otra religión que no sea la natural, cualquiera que ésta sea! ¡Qué miseria! ¡Qué lástima! ¡Qué buena opinión nos brinda cada cual sobre la que ha abrazado! No solicitamos aquí el sufragio del vulgo. Quien erige en su corazón altares a la superstición, ha nacido para adorar a los ídolos, y no para sentir la virtud.

Pero, puesto que todas las facultades del alma dependen a tal punto de la propia organización del cerebro y de todo el cuerpo, éstas visiblemente son esta organización misma. ¡He aquí una máquina bien ilustrada! Pues incluso si sólo el hombre hubiera recibido como herencia la ley natural, ¿sería por ello menos máquina? Unas ruedas, algunos resortes más que en los animales más perfectos, el cerebro proporcionalmente más cercano al corazón y recibiendo también más sangre, por la misma razón, en fin qué sé yo, unas causas desconocidas producirían siempre esta conciencia delicada tan fácil de herir, y estos remordimientos que no son más ajenos a la materia que el pensamiento, y en definitiva toda la diferencia que se supone aquí. ¿Bastaría pues la organización para explicarlo todo? Sí, por supuesto. Ya que el pensamiento se desarrolla visiblemente con los órganos, ¿por qué la materia de que están hechos, no sería también susceptible de remordimientos, por cuanto ha adquirido con el tiempo la facultad de sentir?

El alma sólo es un término vago del que no se tiene la menor idea, y del que un espíritu culto únicamente debe servirse para nombrar nuestra parte pensante. Establecido el menor principio de movimiento, los cuerpos animados tendrán todo lo que necesitan para moverse, sentir, pensar, arrepentirse y, por último, para actuar en lo físico y en lo moral que depende de éste.

Nosotros nada suponemos: quienes creyeran que no se han resuelto aún todas las dificultades, hallarán aquí experiencias que acabarán de satisfacerles.

1. Todas las carnes de los animales palpitan tras la muerte, tanto más tiempo, cuanto más frío está el animal y menos transpira. Las tortugas, los lagartos, las serpientes, etc., dan fe de ello.
2. Los músculos separados del cuerpo se contraen cuando se los punza.
3. Las entrañas conservan mucho rato su movimiento peristáltico o vermicular.
4. Una simple inyección de agua caliente reanima el corazón y los músculos, según

Cowper.

5. El corazón de la rana, sobre todo expuesto al sol, mejor aún sobre una mesa o un asiento caliente, se agita durante una hora y más, tras haber sido arrancado del cuerpo. ¿Parece el movimiento perdido sin recurso? Basta con punzarel corazón, y este músculo hueco sigue latiendo. Harvey ha hecho la misma observación en los sapos.
6. El canciller Bacon, autor de primer orden, en su *Historia de la vida y de la muerte* se refiere a un hombre convicto de traición al que se abrió vivo, para arrancarle el corazón y arrojarlo al fuego: este músculo primero saltó a la altura perpendicular de un pie y medio, y después, pese a perder sus fuerzas, siguió saltando cada vez más bajo durante siete u ocho minutos.
7. Tomad un pollito todavía en el huevo: arrancadle el corazón, y observaréis los mismos fenómenos, en circunstancias más o menos idénticas. El mero calor del aliento reanima a un animal a punto de perecer en la máquina neumática.

Las mismas experiencias que debemos a Boyle y a Sténon se hacen en las palomas, en los perros, en los conejos, cuyos pedazos de corazón se agitan como corazones enteros. Se observa el mismo movimiento en las patas arrancadas de un topo.

8. De la oruga, los gusanos, la araña, la mosca y la anguila se pueden considerar las mismas cosas, puesto que el movimiento de las partes cortadas aumenta en contacto con el agua caliente, a causa del calor.
9. Un soldado ebrio cortó de un sablazo la cabeza de un pavo. Este animal se quedó tieso, pero al cabo de un instante se puso a andar y a correr, hasta encontrar un muro; entonces dio media vuelta, batió las alas, continuó corriendo, y al final cayó. Una vez en el suelo, los músculos de este pavo siguieron agitándose. He ahí lo que he visto, y fácil es ver casi los mismos fenómenos en los gatitos o perritos, a los que se les ha cortado la cabeza.
10. Los pólipos hacen algo más que moverse tras su división. Al cabo de ocho días se reproducen en tantos animales, como partes cortadas. ¡Me enoja el sistema de los naturalistas sobre la generación, o más bien me deja tranquilo, ya que este descubrimiento nos enseña a no extraer nunca conclusiones generales, ni siquiera de todas las experiencias conocidas y más decisivas!

He aquí muchos más hechos de los que son precisos, para probar de una manera irrefutable que cada pequeña fibra o parte de los cuerpos organizados se mueve por un principio que le es propio, y cuya acción no depende en absoluto de los nervios como los movimientos voluntarios, puesto que los movimientos en cuestión se ejercen sin que las partes que los manifiestan, tengan ningún comercio con la circulación. Ahora bien, si esta fuerza se hace notar hasta en pedazos de fibras, el corazón, que es un compuesto de fibras singularmente entrelazadas, ha de tener la misma propiedad. La historia de Bacon no era necesaria para persuadirme de ello. Me resultaba fácil verlo, ya sea por la perfecta analogía de la estructura del corazón del hombre y de los animales, como por la misma

masa del primero, en la cual este movimiento permanece oculto a la vista, sencillamente porque está oprimido, y, en fin, porque en los cadáveres todo está frío y yerto. Si las disecciones se hicieran en criminales ajusticiados, cuando los cuerpos están todavía calientes, en su corazón se observarían los mismos movimientos que se ven en los músculos del rostro de la gente decapitada.

Este principio motor de los cuerpos enteros o de las partes cortadas a trozos, es tal que produce movimientos no desordenados como se ha creído, sino muy regulares, ya sea en los animales calientes y perfectos, como en los fríos e imperfectos. A nuestros adversarios no les queda pues ningún recurso si no es el de negar miles de hechos que cada cual puede verificar fácilmente.

Si al instante se me pregunta cuál es la sede de esta fuerza innata en nuestros cuerpos, respondo que reside muy claramente en lo que los antiguos han llamado *parénquima*, es decir, en la sustancia propia de las partes, abstracción hecha de las venas, de las arterias, de los nervios y, en una palabra, de la organización de todo el cuerpo, y que, por consiguiente, cada parte contiene en sí misma resortes más o menos vivos, según la necesidad que de ellos tiene.

Entremos en algún detalle acerca de estos resortes de la máquina humana. Todos los movimientos vitales, animales, naturales y automáticos se hacen en virtud de su acción. ¿No es maquinamente que el cuerpo se aparte, presa de terror, a la vista de un precipicio inesperado, y que los párpados se cierran ante la amenaza de un golpe, como se ha dicho ya, y que la pupila se encoge ante la luz para proteger la retina y se dilata para ver los objetos en la oscuridad? ¿No es maquinamente que los poros de la piel se cierran en invierno, para que el frío no penetre en el interior de los vasos, que el estómago se solivianta irritado por el veneno, por una cierta dosis de opio, por todos los eméticos, etc., y que el corazón, las arterias y los músculos se contraen durante el sueño, al igual que en la vigilia, y que el pulmón desempeña el papel de un fuelle que funciona sin parar? ¿No es maquinamente que actúan todos los esfínteres de la vejiga, del *recto*, etc., y que el corazón tiene una contracción superior a la de cualquier otro músculo, y que los músculos erectores hacen enderezar la verga ya sea en el hombre como en los animales que se golpean el vientre con ella, e incluso en el niño capaz de erección por poco que se irrite esta parte? Lo cual prueba, para decirlo de paso, que hay un resorte singular en este miembro, aún poco conocido, y que produce efectos que todavía no se han explicado bien, a pesar de todas las luces de la anatomía.

No me extenderé más sobre estos pequeños resortes subalternos conocidos por todo el mundo. Pero hay otro más sutil y más maravilloso que los anima todos: éste es la fuente de todos nuestros sentimientos, de todos nuestros placeres, de todas nuestras pasiones y de todos nuestros pensamientos, pues el cerebro tiene sus músculos para pensar, como las piernas para andar. Quiero hablar de este principio incitante e impetuoso, que Hipócrates llama *áiήνη* (el alma). Tal principio existe, tiene su asiento en el cerebro y en el nacimiento de los nervios, a través de los cuales ejerce su imperio sobre el resto del

cuerpo. Por ahí se explica todo cuanto es explicable, hasta los efectos sorprendentes de las enfermedades de la imaginación.

Pero para no consumirse en una riqueza y una fecundidad mal entendida, es preciso limitarse a un pequeño número de cuestiones y de reflexiones.

¿Por qué la vista o la simple idea de una bella mujer nos suscita movimientos y deseos singulares? ¿Acaso lo que sucede entonces en ciertos órganos procede de la misma naturaleza de estos órganos? En absoluto, eso procede de la comunicación y de la especie de simpatía de estos músculos con la imaginación. Aquí sólo hay un primer resorte, excitado por el *beneplacitum* de los antiguos, o por la imagen de la belleza, la cual excita otro que estaba muy adormecido, cuando la imaginación lo ha despertado. ¿Y cómo puede ser así, sino a consecuencia del desorden y del bullicio de la sangre y de los espíritus que galopan con una agilidad extraordinaria y van a hinchar los cuerpos cavernosos?

Puesto que existen relaciones evidentes entre una madre y un hijo<sup>7</sup>, y resulta arduo negar hechos referidos por Tulpius, al igual que por otros escritores igualmente dignos de fe (no los hay que lo sean más), hemos de creer que el feto resiente por la misma vía la impetuosidad de la imaginación materna, como una cera blanda recibe toda clase de impresiones, y que los mismos rasgos, o antojos de la madre, pueden imprimirse sobre el feto, sin que sea comprensible, por mucho que digan Blondel y todos sus partidarios. Así, reparamos el honor del P. Malebranche, de cuya credulidad se han burlado en exceso algunos autores que no han observado bastante de cerca la naturaleza, y han querido sujetarla a sus ideas.

Contemplad el retrato del famoso Pope, el Voltaire de los ingleses. Las energías y los nervios de su genio se hallan pintados sobre su fisionomía. Toda ella se encuentra en convulsión, los ojos se salen de las órbitas, las cejas se le arquean con los músculos de la frente. ¿Por qué? Porque el nacimiento de los nervios está trabajando y todo el cuerpo debe resentirse de esta especie de parto tan laborioso. Si no hubiera una cuerda interna que estirase así las del exterior, ¿de dónde provendrían todos estos fenómenos? Admitir un *alma* para explicarlos significa reducirse a la operación del *Espíritu Santo*.

Efectivamente, si lo que piensa en mi cerebro no es una parte de esta víscera, y por consiguiente de todo el cuerpo, ¿por qué bulle mi sangre, cuando al hallarme reposando en mi lecho proyecto el plan de una obra, o prosigo un razonamiento abstracto? ¿Por qué la fiebre de mi espíritu pasa a mis venas? ¡Preguntádselo a los hombres con imaginación, a los grandes poetas, a aquellos a quienes arrebató un sentimiento sublime, y a quienes transporta un gusto exquisito y los encantos de la naturaleza, de la verdad o de la virtud! Por su entusiasmo y por lo que os dirán haber experimentado, juzgaréis la causa a través de los efectos: por esta *armonía* que Borelli, que un solo anatomista, ha entendido mejor

---

<sup>7</sup> Al menos por los vasos. ¿Es seguro que no hay a través de los nervios?

que todos los leibnicians, conoceréis la unidad material del hombre. Pues, en fin, si la tensión de los nervios que provoca el dolor da lugar a la fiebre, por la cual el espíritu se turba y no tiene ya voluntad; y si recíprocamente el espíritu demasiado ejercido trastorna el cuerpo, y alumbra este fuego de consunción que se llevó a Bayle en una edad tan poco avanzada; si tal titilación me hace querer, me obliga a desear ardientemente aquello que me tenía sin cuidado un momento antes; si a su vez ciertos vestigios del cerebro excitan el mismo prurito y los mismos deseos, ¿por qué duplicar lo que es evidentemente uno? En vano se protesta contra el imperio de la voluntad. Por una orden que ésta da, sufre cien veces su yugo. ¡Y qué hay de maravilloso en que el cuerpo obedezca en estado sano, cuando un torrente de sangre y de espíritus le obliga a ello, puesto que la voluntad tiene por ministros una legión invisible de fluidos más vivos que el relámpago, siempre dispuestos a servirla! Pero, como su poder se ejerce a través de los nervios, también a través de ellos se detiene. Pese a la mejor voluntad de un amante agotado, ¿le devolverán los deseos más violentos el vigor perdido? ¡Cierto que no! Y ella será la primera castigada, porque dadas ciertas circunstancias, ya no puede desear el placer. Lo que he dicho de la parálisis, etc., se repite de nuevo aquí.

¡La ictericia os sorprende! ¡No sabéis que el color de los cuerpos depende del de los cristales con los que se mira! Ignoráis que si tal es el tinte de los humores, tal es el de los objetos, al menos en relación a nosotros, vanos juguetes de mil ilusiones. Pero quitad este tinte del humor acuoso del ojo, haced fluir la bilis a través de su tamiz natural, y entonces el alma con otros ojos dejará de ver amarillo. ¿No sucede también lo mismo, cuando al quitar la catarata o al punzar el canal de Eustaquio, se devuelve la vista a los ciegos y el oído a los sordos? ¡Cuánta gente que quizá sólo eran hábiles charlatanes en siglos ignorantes, han pasado por hacer grandes milagros! ¡Oh, alma hermosa y voluntad poderosa que no puede actuar, sino cuando las disposiciones del cuerpo se lo permiten, y cuyos gustos varían con la edad y la fiebre! ¿Es preciso sorprenderse si los filósofos siempre han tenido en consideración la salud del cuerpo en lo que respecta a conservar la del alma, si Pitágoras ordenó tan cuidadosamente la dieta, y si Platón defendió el vino? El régimen que conviene al cuerpo siempre es aquel por el que los médicos sensatos pretenden que debe empezarse, cuando se trata de formar el espíritu y elevarlo al conocimiento de la verdad y de la virtud. ¡Vanas palabras en el desorden de las enfermedades y el tumulto de los sentidos! Sin los preceptos de la higiene, Epicteto, Sócrates y Platón, etc., predicen en vano: toda moral es infructuosa para quien no tiene el don de la sobriedad, que es la fuente de todas las virtudes, al igual que la intemperancia es la de todos los vicios.

¿Hace falta más (y por qué iba a perderme en la historia de las pasiones, todas explicables a través del llama á í ñu í de Hipócrates), para probar que el hombre no es más que un animal o un conjunto

de resortes, que se montan unos sobre otros, sin que pueda decirse por qué punto del círculo humano empezó la naturaleza? Si estos resortes difieren entre sí, sólo se debe a su

situación y a algunos grados de fuerza, y nunca a su naturaleza. Por consiguiente el alma no es más que un principio de movimiento o una parte material sensible del cerebro, que se puede considerar, sin temor a equivocarse, como el resorte principal de toda la máquina, el cual tiene una influencia visible sobre todos los demás, e incluso parece haber sido hecho en primer lugar; de modo que todos los demás sólo serían emanación suya, como se verá a través de algunas observaciones que sacaré a relucir, y que se han hecho sobre diversos embriones.

Esta oscilación natural o propia de nuestra máquina, y de la que cada fibra está dotada o, por así decir, cada elemento fibroso, semejante a la del péndulo, no puede ejercerse siempre. Es preciso renovarla a medida que se desgasta, darle fuerzas cuando languidece y debilitarla, cuando está oprimida por un exceso de fuerza y de vigor. En esto sólo consiste la verdadera medicina.

El cuerpo no es más que un reloj, cuyo relojero es el nuevo quilo. El primer cuidado de la naturaleza, cuando éste último entra en la sangre, es excitar una especie de fiebre que los químicos, al sólo pensar en probetas, han debido tomar por una fermentación. Esta fiebre procura una filtración mayor de espíritus, que maquinamente van a animar los músculos y el corazón, como si fueran enviados por orden de la voluntad.

Estas son las causas o las fuerzas de la vida, que así mantienen durante cien años el movimiento perpetuo de los sólidos y de los fluidos, tan necesario a unos como a otros. Pero ¿quién puede decir si los sólidos contribuyen a este juego más que los fluidos y viceversa? Todo cuanto se sabe, es que la acción de los primeros se vería muy pronto anulada sin el auxilio de los segundos. Son los líquidos los que, mediante su choque, despiertan y conservan la elasticidad de los vasos, de la cual depende su propia circulación. De ahí que tras la muerte, el resorte natural de cada sustancia sea más o menos fuerte aún, según los restos de vida a los que sobrevive, para expirar el último. Es totalmente cierto que esta fuerza de las partes animales puede conservarse perfectamente y aumentarse por la de la circulación, aunque sin depender de ella, puesto que prescinde incluso de la integridad de cada miembro o víscera, como se ha visto.

No ignoro que esta opinión no ha sido aprobada por todos los sabios, y que Staahl sobre todo la ha desdeñado mucho. Este gran químico ha querido persuadirnos de que el alma era la única causa de todos nuestros movimientos. Pero eso supone hablar como un fanático y no como un filósofo.

Para destruir la hipótesis staahtiana, no se requieren tantos esfuerzos, como veo que se han hecho antes de mí. Basta con arrojar la mirada sobre un violinista. ¡Qué ligereza y qué agilidad en los dedos! Los movimientos son tan rápidos que casi parece no haber sucesión. Luego, ruego, o más bien desafío a los staahtianos a que me digan, ellos que conocen tan bien todo lo que nuestra alma puede, cómo sería posible que ésta ejecutase tan de prisa tantos movimientos, y movimientos que tienen lugar tan lejos de ella y en lugares tan diversos. Esto sería como imaginar a un flautista que pudiera ejecutar brillantes cadencias sobre una infinidad de agujeros que no conociera, y a los que ni

siquiera pudiera aplicar los dedos.

Pero digamos con Mr. Hecqueta que no a todos está permitido ir a Corinto. Y ¿por qué Staahl no habría podido ser más favorecido por la naturaleza en calidad de hombre, que en calidad de químico y practicante? ¡Era preciso (¡dichoso mortal!) que hubiera recibido un alma diferente a la de los demás hombres, un alma soberana, que no contenta con tener algún imperio sobre los músculos *voluntarios*, sujetara sin esfuerzo las riendas de todos los demás movimientos del cuerpo, y pudiera suspenderlos, calmarlos o excitarlos a su antojo! Con una dueña tan despótica, en cuyas manos de algún modo se hallaran los latidos del corazón y las leyes de la circulación, sin duda, desaparecería la fiebre, el dolor, la languidez, la vergonzosa impotencia y el enojoso priapismo. El alma quiere, y los resortes juegan, se enderezan o se dispersan. ¿Por qué los de la máquina de Staahl se han descompuesto tan pronto? Quien posee médico tan grande debería ser inmortal.

Staahl, por lo demás, no es el único que ha rechazado el principio de oscilación de los cuerpos organizados. Talentos superiores tampoco lo han empleado, cuando han querido explicar la acción del corazón, la erección del *pene*, etc. Basta con leer las *Instituciones de Medicina* de Boerhaave, para ver cuán laboriosos y seductores sistemas se ha visto obligado a dar a luz este tan gran hombre, con el sudor de su poderoso genio, por no admitir una fuerza tan palpable en el corazón.

Willis y Perrault, espíritus de temple más débil, pero asiduos observadores de la naturaleza (que el famoso profesor de Leiden no conoció sino a través de otros, ni poseyó casi más que de segunda mano), parecen haber preferido suponer un alma generalmente difundida por todo el cuerpo, al principio que nos referimos. Pero en esta hipótesis que fue la de Virgilio y la de todos los epicúreos, hipótesis que la historia del pólipo parecería favorecer a primera vista, los movimientos que sobreviven al sujeto al cual son inherentes, provienen de un *resto de alma*, conservado aún por las partes que se contraen, pese a que ya no sean excitadas por la sangre ni los espíritus. De donde se ve que estos escritores, cuyas sólidas obras eclipsan fácilmente todas las fábulas filosóficas, sólo se han engañado por seguir el modelo de aquellos que han dado a la materia la facultad de pensar, quiero decir, por haberse expresado mal, en términos oscuros y que no significan nada. En efecto, en qué consiste este *resto de alma*, sino en la fuerza motriz de los leibnicianos, mal interpretada por tal expresión, y que sin embargo Perrault sobre todo ha entrevisto verdaderamente. Véase su *Tratado de la Mecánica de los Animales*, donde se ha demostrado claramente contra los cartesianos, los staahlianos, los malebranchistas y los teólogos poco dignos de ser considerados aquí, que la materia se mueve por sí misma, no sólo cuando está organizada como por ejemplo en un corazón entero, sino incluso cuando esta organización ha sido destruida; la curiosidad del hombre quisiera averiguar cómo un cuerpo, por el mismo hecho de que originariamente se halla dotado de un soplo de vida, se encuentra en consecuencia ornado de la facultad de sentir, y finalmente a través de ésta de la de pensar. ¡Dios mío, cuántos esfuerzos han hecho algunos filósofos para saberlo! ¡Y qué galimatías he tenido la paciencia de leer a este respecto!

Todo lo que nos enseña la experiencia es que, mientras el movimiento, por mínimo que sea, subsiste en una o varias fibras, basta con punzarlas, para despertar, y animar este movimiento casi extinguido, como se ha visto en esta multitud de experiencias, con las cuales he querido confundir los sistemas citados. Constantemente, pues, el movimiento y el sentimiento se excitan entre sí, ya sea en los cuerpos enteros, como en los mismos cuerpos, cuya estructura ha sido destruida, por no hablar de ciertas plantas que parecen ofrecernos los mismos fenómenos de la reunión de sentimiento y movimiento.

Pero, además, ¡cuántos filósofos ilustres han demostrado que el pensamiento sólo es una facultad de sentir, y que el alma racional no es otra que el alma sensitiva aplicada a contemplar las ideas y a razonar! Eso se probaría por el mero hecho de que cuando el sentimiento se extingue, el pensamiento también, como en la apoplejía, el letargo, la catalepsia, etc. Pues quienes han aducido que el alma no deja de pensar en las enfermedades comatosas, pese a que no recuerde las ideas que ha tenido, han sostenido una idea ridícula.

Por cuanto a este desarrollo se refiere, es una locura perder el tiempo en investigar su mecanismo. La naturaleza del movimiento nos es tan desconocida como la de la materia. ¡Descubrir cómo se produce es imposible a menos de resucitar con el autor de la *Historia del Alma* la antigua e ininteligible doctrina de las *formas sustanciales*! Me consuelo, pues, tanto de ignorar cómo la materia de inerte y simple pasa a ser activa, como de no poder mirar el sol sin un cristal rojo. Y mantengo la misma actitud con respecto a las otras maravillas incomprensibles de la naturaleza acerca de la producción del sentimiento y del pensamiento en un ser, que antaño a nuestros ojos limitados sólo parecería un poco de barro.

Concédaseme únicamente que la materia organizada está dotada de un principio motor, lo único que la diferencia de aquella que no lo está (¡Ah! ¿Se puede refutar algo de una observación tan indiscutible?), y que en los animales todo depende de la diversidad de esta organización, como he probado suficientemente. Ello basta para adivinar el enigma de las sustancias y el del hombre. Se ve que sólo hay una sustancia en el universo y que el hombre es la más perfecta. Este es con respecto al mono y a los animales más espirituales, lo mismo que el péndulo de Huyghens con respecto a un reloj de Julien Leroy. Si se han necesitado más instrumentos, más engranajes, más resortes para marcar los movimientos de los planetas que para marcar las horas o repetirlas, y si Vaucanson ha necesitado más ingenio para hacer su *flautista* que *supato*, y hubiera tenido que emplear todavía más para hacer un *hablador*, máquina que ya no puede considerarse imposible, sobre todo entre las manos de un nuevo Prometeo, era necesario por consiguiente que la naturaleza emplease más arte y destreza para construir y conservar una máquina, que durante un siglo entero pudiera marcar todos los latidos del corazón y del espíritu. Pues si las horas no se ven en el pulso, al menos existe el barómetro del calor y de la vivacidad por el que se puede juzgar la naturaleza del alma. No me engaño: el cuerpo humano es un reloj, aunque inmenso, construido con tanto artificio y habilidad, que, si la rueda que sirve

para marcar los segundos se detiene, la de los minutos gira y sigue siempre su ritmo, al igual que la rueda de los cuartos continúa moviéndose, y así otras, cuando las primeras, enmohecidas o descompuestas por el motivo que sea, han interrumpido su marcha. Pues, ¿no es cierto que la obstrucción de algunos vasos no basta para destruir o suspender el punto álgido de los movimientos, que se halla en el corazón, como en la pieza maestra de la máquina, ya que, al contrario, los fluidos cuyo volumen ha disminuido, al quedarles menos camino por hacer, lo recorren con mayor rapidez empujados como por una nueva corriente, a medida que la fuerza del corazón aumenta en proporción a la resistencia que encuentra en la extremidad de los vasos? Cuando el nervio óptico comprimido, no deja pasar ya la imagen de los objetos, ¿no es así que la privación de la vista no impide por ello el uso del oído, como tampoco la privación de este sentido, cuando las funciones de la *porción blanda* son prohibidas, supone la del otro? ¿No es también así que uno oye, sin poder decir que oye (a no ser después del ataque del mal), y que el otro, que nada escucha, pero tiene los nervios linguales libres en el cerebro, dice maquinalmente todos los sueños que le pasan por la cabeza? Esos fenómenos que no sorprenden en absoluto a los médicos ilustrados, porque saben a qué atenerse con respecto a la naturaleza del hombre. Y para decirlo de paso, de dos médicos, el mejor, el que merece más confianza, en mi opinión, siempre es aquel que está más versado en la física o la mecánica del cuerpo humano, y que dejando el alma y todas las inquietudes que esta quimera da a los necios y a los ignorantes, sólo se ocupa en serio del puro naturalismo.

Dejemos que el pretendido Mr. Charp se burle de los filósofos que han considerado a los animales como máquinas. ¡Cuán distinto pienso! Creo que Descartes sería un hombre respetable desde cualquier punto de vista, si de nacer en un siglo que no hubiera debido iluminar, hubiera conocido el valor de la experiencia y de la observación, y el peligro de apartarse de éstas. Pero no es menos justo que yo haga aquí una auténtica reparación a este gran hombre, por todos estos pequeños filósofos, malos bromistas y malos imitadores de Locke, que en lugar de reír con impudencia en las narices de Descartes, harían mejor en comprender que sin éste el campo de la filosofía, así como el del buen sentido sin Newton, estaría quizá aún baldío.

Verdaderamente este célebre filósofo se equivocó mucho y nadie lo niega. No obstante, conoció la naturaleza animal y fue el primero en demostrar que los animales eran puras máquinas. Entonces, después de un descubrimiento de tal importancia y que supone tanta sagacidad, ¿cómo disculpar sin ingratitud todos sus errores?

A mis ojos, todos quedan reparados por este gran reconocimiento. Pues finalmente, pese a lo que diga sobre la distinción de las dos sustancias, es evidente que sólo se trata de una estratagema, de una argucia estilística, para hacer tragar a los teólogos un veneno oculto a la sombra de una analogía que llama la atención de todo el mundo, y que sólo ellos no ven. Esta gran analogía es la que obliga a todos los sabios, y a los verdaderos jueces a reconocer que estos seres arrogantes y vanos, más distinguidos por su orgullo que por el nombre de hombres, por más ansias que tengan de elevarse, en el fondo sólo

son animales y máquinas que se arrastran perpendicularmente. Todas ellas tienen este maravilloso instinto, cuya educación da lugar a la inteligencia, y cuyo asiento siempre se encuentra en el cerebro y, en su carencia, como cuando falta o está osificado, en la médula alargada, aunque nunca en el cerebelo. A este último lo he visto considerablemente lesionado y otros<sup>8</sup> lo han encontrado cirroso, sin que el alma cesara por ese motivo de cumplir sus funciones.

Ser máquina, sentir, pensar, saber distinguir el bien del mal, como el azul del amarillo, en una palabra, haber nacido con inteligencia, y un instinto moral, y ser tan sólo un animal, son cosas que no son más contradictorias que ser un mono o un loro, y saber procurarse el placer. Pues, ya que se presenta la ocasión de decirlo, ¿quién hubiera adivinado jamás *a priori*, que una gota del líquido que se arroja en el coito hiciera experimentar placeres divinos y que de allí naciera una pequeña criatura, la cual, dadas ciertas leyes, pudiera un día gozar de las mismas delicias? Considero el pensamiento tan poco incompatible con la materia organizada, que parece ser una propiedad de ésta, tal como la electricidad, la facultad motriz, la impenetrabilidad, la extensión, etc.

¿Queréis nuevas observaciones? He aquí algunas que no tienen réplica y que prueban en su totalidad que el hombre se asemeja perfectamente a los animales en lo que respecta a su origen, como en todo lo que ya hemos creído esencial comparar.

Apelo a la buena fe de nuestros observadores. Que nos digan sí no es cierto que el hombre en un principio sólo es un gusano, que se transforma en hombre, como la oruga en mariposa. Los autores más graves<sup>9</sup> nos han enseñado de qué modo es necesario operar para ver a este animáculo. Todos los curiosos lo han visto, como Hartsoeker en la simiente del hombre y no en la de la mujer. Sólo los necios han tenido escrúpulos al respecto. Como cada gota de esperma contiene una infinidad de estos pequeños gusanos, cuando son lanzados al ovario, sólo el más diestro o el más vigoroso tiene la fuerza de insinuarse e implantarse en el huevo que proporciona la mujer, y que le da su primer alimento. Este huevo, algunas veces hallado en las trompas de Falopio, es conducido por estos canales a la matriz, donde se arraiga, como un grano de trigo en la tierra. Pero aunque llegue a ser monstruoso al cabo de nueve meses de crecimiento, no difiere en absoluto de los huevos de las demás hembras, sino en la medida en que su piel (el *amnios*) no se endurece nunca y se dilata prodigiosamente, como puede juzgarse, comparando el feto ya colocado para salir (lo que he podido observar en una mujer, muerta un momento antes del parto), con otros pequeños embriones muy próximos a su origen. Entonces se parece al huevo en su cáscara y al animal en el huevo, el cual, al no poder moverse, busca maquinalmente ver la luz, y para lograrlo, empieza por romper con

---

<sup>8</sup> Haller, *Transactiones philosophicae*.

<sup>9</sup> Boerhaave, *Institutiones*, y tantos otros.

la cabeza esta membrana, de donde sale como el pollito, el pájaro, etc., salen de la suya. Añadiré una observación que no encuentro en ninguna parte, y es que el *amnios* no es más delgado, por el hecho de estirarse prodigiosamente, semejante en esto a la matriz, cuya propia sustancia se hincha con jugos infiltrados, independientemente de la repleción y del despliegue de todos sus recodos vasculares.

Veamos al hombre dentro y fuera de su cáscara, y examinemos con un microscopio los embriones más jóvenes, de 4, de 6, de 8 o de 15 días: pasado este tiempo, bastan los ojos. ¿Qué se ve? La cabeza sola: un pequeño huevo redondo con dos puntos negros que marcan los ojos. Si no se deja pasar este tiempo, al ser todo más informe, sólo se percibe una pulpa medular, que es el cerebro, en el cual se forma primero el origen de los nervios o el principio del sentimiento, y el corazón que ya en esta pulpa tiene la facultad de latir por sí mismo: es el *Punctum saliens* de Malpighi, que quizá debe ya una parte de su vivacidad a la influencia de los nervios. Seguidamente, se va viendo poco a poco cómo la cabeza alarga el cuello, el cual al dilatarse forma primero el *tórax*, donde el corazón ya ha descendido para fijarse allí, y después ya viene el bajo vientre, separado por un tabique (el diafragma). Estas dilataciones dan lugar, una, a los brazos, las manos, los dedos, las uñas y los pelos; la otra, a los muslos, las piernas, los pies, etc., diferenciándose únicamente por la situación que se les conoce, y que constituye el apoyo y el equilibrio del cuerpo. Es una vegetación asombrosa. Ora se encuentran los cabellos que cubren la parte superior de nuestras cabezas; ora son hojas y flores. En todas partes brilla el mismo lujo de la naturaleza, y finalmente el espíritu rector de las plantas está colocado allí donde nosotros tenemos nuestra alma, esta otra quintaesencia del hombre.

Así es la uniformidad de la naturaleza que se empieza a sentir, y la analogía del reino animal y vegetal, o entre el hombre y la planta. Quizá incluso hay plantas animales, es decir, que, mientras vegetan, luchan como los pólipos o ejecutan otras funciones propias de los animales.

Esto es aproximadamente lo que se sabe acerca de la generación. Es posible que, según han escrito hombres ilustres, las partes que se atraen, que están hechas para unirse conjuntamente y para ocupar tal o cual lugar, se reúnan todas según su naturaleza, y que de este modo se formen los ojos, el corazón, el estómago y finalmente todo el cuerpo. Pero como la experiencia nos abandona en medio de estas sutilidades, no haré conjeturas, considerando todo aquello, que no impresiona mis sentidos como un misterio impenetrable. Es tan raro que las dos simientes se encuentren en el coito, que tendería a creer que la simiente de la mujer es inútil para la generación.

Pero, ¿cómo explicar estos fenómenos sin esta cómoda relación de las partes, que da tan bien razón de las semejanzas de los niños, sea con el padre, como con la madre? Por lo demás, ¿debe la dificultad de una explicación contrapesar un hecho? Me parece que es el macho quien lo hace todo, ya sea en una mujer dormida, como en la más lúbrica. La adaptación de las partes residiría pues de toda eternidad en el germen o en el mismo gusano del hombre. Pero todo esto se halla muy por encima del alcance de los más

excelentes observadores. Como no pueden discernir nada, les es imposible juzgar sobre la mecánica de la formación y el desarrollo de los cuerpos, al igual que a un topo saber el camino que puede recorrer un ciervo.

Somos verdaderos topos en el campo de la naturaleza, y para colmo apenas hacemos en él el trayecto que hace este animal. Es nuestro orgullo el que impone límites a lo que no tiene. Nos hallamos en el caso de un reloj que dijera (un fabulista crearía aquí un personaje adecuado para una obra frívola): « ¡Cómo! ¡Este necio artesano me ha hecho a mí, que divido el tiempo, que marco con tanta exactitud el curso del sol, que repito en alta voz las horas que indico! No, esto no es posible. » Nosotros desdeñamos de igual modo, tan ingratos somos, a esta madre común de todos los reinos, como dicen los químicos. Imaginamos, o más bien suponemos, una causa superior a la que le debemos todo y que lo ha hecho verdaderamente todo de una manera inconcebible. No, la materia no tiene nada de vil, más que a los ojos groseros que desconocen sus obras más brillantes, y la naturaleza no es una artesana de cortos alcances. Produce millones de hombres con una facilidad y un placer mayores que el trabajo que cuesta a un relojero hacer el reloj más complicado. Su poder se pone de manifiesto por un igual, ya sea en la producción del insecto más ínfimo, como en la del hombre más soberbio. El reino animal no le cuesta más que el vegetal, ni el mayor genio más que una espiga de trigo. Juzguemos, pues, por lo que vemos, acerca de aquello que se sustrae a la curiosidad de nuestros ojos y de nuestras pesquisas, y no hagamos elucubraciones.

Sigamos las operaciones del mono, del castor, del elefante, etc. Si es evidente que éstas no pueden hacerse sin inteligencia, ¿por qué rechazársela a estos animales? Y si les concedéis un alma, fanáticos,

estáis perdidos: en vano diréis que no decidís nada con respecto a su naturaleza, en la medida en que le neguéis la inmortalidad.

¿Quién no ve que es una aserción gratuita? ¿Quién no ve que debe ser mortal o inmortal como la nuestra y seguir el mismo destino, cualquiera que éste sea, y que así

*caéis en Scilla, por querer evitar  
a Caribdis?*

Romped la cadena de vuestros prejuicios, armaos de la antorcha de la experiencia, y tributaréis a la naturaleza el honor que merece, en lugar de concluir algo en contra suyo, por la ignorancia en que os ha dejado. Limitaos a abrir los ojos, y abandonad lo que no podéis comprender. Entonces veréis que este trabajador, cuyo espíritu y luces no se extienden más allá de los bordes de su surco, no difiere esencialmente del mayor genio, como lo probó la disección de los cerebros de Descartes y de Newton. Os persuadiréis también de que el imbécil o el estúpido son animales de aspecto humano, al igual que el mono lleno de inteligencia es un hombre en pequeño bajo otra forma, y finalmente, ya que todo depende absolutamente de la diversidad de la organización, os daréis cuenta de que un animal bien construido, al que se le haya enseñado astronomía, puede predecir un eclipse, así como la curación o la muerte, cuando ha ejercitado durante un tiempo su ta-

lento y sus buenos ojos en la escuela de Hipócrates y en el lecho de los enfermos. A través de esta serie de observaciones y de verdades se llega a asociar con la materia la admirable propiedad de pensar, sin que puedan verse los vínculos, porque el sujeto de tal atributo nos es eminentemente desconocido.

No digamos que toda máquina o todo animal perece por completo, o adquiere otra forma tras la muerte, pues no sabemos absolutamente nada al respecto. Pero asegurar que una máquina inmortal es una quimera o un ser razonable, es hacer un razonamiento tan absurdo como el que harían unas orugas que, al ver los despojos de sus semejantes, deplorasen amargamente el destino de su especie pareciéndoles que se iba a aniquilar. El alma de estos insectos (pues cada animal tiene la suya), es demasiado limitada para comprender las metamorfosis de la naturaleza. Jamás uno solo de los más sagaces de entre ellos ha podido imaginar que debiera convertirse en mariposa. Sucede lo mismo con nosotros. ¿Acaso sabemos más de nuestro destino que de nuestro origen? Sometámonos pues a una ignorancia invencible, de la cual depende nuestra felicidad.

Quien así piense, será sabio, justo, y estará tranquilo con su suerte y por consiguiente dichoso. Esperará la muerte, sin temerla ni desearla. Además, apreciando la vida, comprendiendo apenas cómo el hastío llega a corromper un corazón en este lugar donde abundan las delicias, aquél, lleno a su vez de respeto para con la naturaleza, lleno de reconocimiento, de afecto y de ternura en proporción al sentimiento y a los beneficios que ha recibido de ella, y dichoso por último de sentirla y de hallarse ante el encantador espectáculo del universo, ciertamente jamás la destruirá en sí mismo, ni en los demás. ¡Qué digo! Lleno de humanidad, amará su sello hasta en sus enemigos. Imaginad cómo ha de tratar a los demás. Compadecerá a los viciosos, sin odiarlos, pues a sus ojos, sólo serán hombres contrahechos. Pero, excusando los defectos de la conformación del espíritu y del cuerpo, no admirará menos sus bellezas y sus virtudes. Aquellos que la naturaleza haya favorecido, le parecerán más dignos de ser contemplados que aquellos a los que haya tratado como madrastra. Así se ha visto, que los dones naturales, fuente de todo lo que se adquiere, encuentran en la boca y en el corazón del materialista homenajes que cualquier otro les rechaza injustamente. En fin, el materialista convencido, por mucho que su propia vanidad murmure que sólo es una máquina o un animal, no maltratará a sus semejantes, por estar demasiado instruido acerca de la naturaleza de estas acciones, cuya inhumanidad es siempre proporcional al grado de analogía previamente demostrado, y por no querer, en una palabra, según la ley natural dada a todos los animales, hacer al prójimo lo que no quisiera que se le hiciera a él.

Concluyamos osadamente que el hombre es una máquina, y que en todo el universo no existe más que una sola sustancia diversamente modificada. No se trata aquí de una hipótesis construida a base de postulados y suposiciones: ésta no es obra del prejuicio, ni tampoco de la sola razón. Habría desdenado un guía que creo tan poco seguro, si mis sentidos, llevando por así decir la antorcha, no me hubieran impulsado a seguirlo, iluminándola. La experiencia me ha hablado pues para la razón, y así es como las he

reunido a ambas.

Pero, se habrá podido comprobar que sólo me he permitido el razonamiento más riguroso y obtenido de manera más inmediata, tras multitud de observaciones físicas que ningún sabio pondrá en duda. Y, por cierto, únicamente los reconozco a ellos como jueces de las consecuencias que deduzco, recusando en este aspecto a todo hombre de prejuicios, y que no es ni anatomista, ni se atiene a la única filosofía que es aquí aceptable, la del cuerpo humano. ¿Qué podrían contra un roble tan firme estas débiles cañas de la teología, de la metafísica y de las escuelas; armas pueriles, semejantes a los floretes de nuestras salas, que bien pueden procurar el placer de la esgrima, pero nunca atacar al adversario? ¿Es preciso decir que seguiré hablando de estas ideas huecas y triviales, de estos razonamientos trillados y lastimosos, que se harán sobre la pretendida incompatibilidad de dos sustancias que se tocan y se mueven sin cesar respectivamente, mientras permanezca la sombra del prejuicio o de la superstición sobre la tierra? Este es mi sistema, o más bien la verdad, si no me engaño mucho. Esta es breve y simple. ¡Discuta ahora quien quiera!